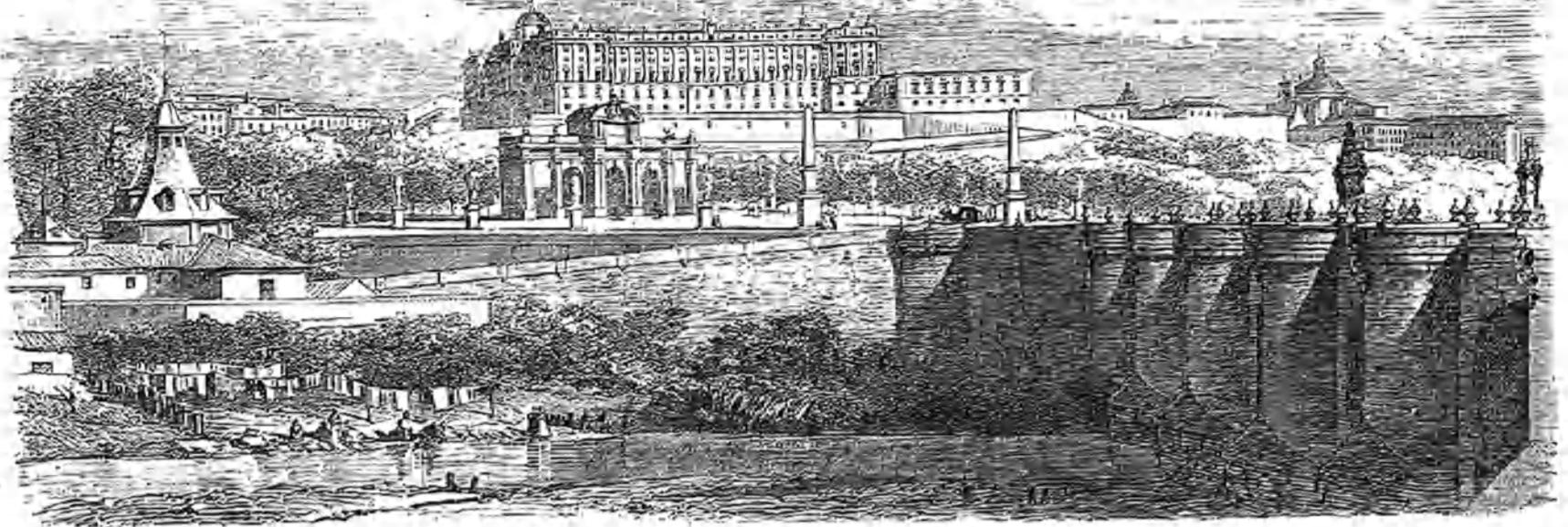


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE JULIO DE 1870.

NÚM. 13.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—El príncipe Leopoldo Hohenzollern Sigmaringen.—Felipe II y la liga católica de Francia, por D. Emilio Arjona y Lainez.—Lisboa en 1870, por Rost.—Tradiciones asturianas. La palma del castigo, por D. Luciano García del Real.—Revista monumental y arqueológica (conclusion), por D. José Amador de los Ríos.—El coliseo de Roma, poesía, por D. Arturo Gil Sandibañes.—A unos ojos. Recordó, poesía, por D. Narciso Campillo.—En el cuerpo de un amigo. Novela diabólica (continuación), por D. José Fernandez Brema.—El museo de la industria, por D. Luis Equiz.—El congreso de operarios de la región española, por D. Roberto Robert.—Marruecos, por D. A. de San Martín.—Costumbres del siglo XVII. El corral de las comedias, por D. Julio Morreal.—Las segadoras.—Escenas de Madrid. La horchatería, por B.—La Plaza Mayor de Madrid, por B.

GRABADOS.—El príncipe Hohenzollern Sigmaringen, dibujo de D. A. Perca.—Minarete de la gran mezquita de Koutbia en la ciudad de Marruecos, dibujo de D. Valeriano Bequer.—Primer congreso de obreros españoles celebrado en Barcelona, del mismo. Croquis del Sr. Pellier.—Plaza Mayor de Madrid, fotografía de Laurent.—Las segadoras. Estudio de costumbres aragonesas, dibujo de D. Valeriano Bequer.—Escenas de Madrid. La horchatería, dibujo de D. A. Perca.—Concierto en el jardín del Buen Retiro, dibujo del mismo.—Copa de cristal del siglo XVII. Lentes de plaza con esmalte. (Del Museo de la Industria).—Jettoglífico.

ECOS.

Si un viajero recién llegado a Madrid cruza en una de estas noches por la calle de Alcalá, como quien se dirige hacia la puerta, mejor dicho, al arco de aquel nombre, formará seguramente una opinión muy ventajosa de la población numérica, y de la riqueza y buen humor de los habitantes de la corte.

¡Qué gentío! ¡Qué animación! ¡Qué bullicio! ¡Qué incesante ir y venir de omnibuses, carretelas y berlinas, desde el trío más aristocrático hasta el más desvanecido carruaje! ¡Qué algarabía ó infernal concierto forma el ruido de los coches con el trotar de los caballos y el vocerío de las aurigas y mayordomos! ¡A un lado! ¡Allá voy!... ¡Sooo! ¡Cuidado! Gritan á un transeunte... y en efecto, debiera haberlo tenido, porque se acaba de dejar el pellejo en la rueda de un omnibus... Llegando así á los Campos Eliseos mucho ántes de lo que se figuraba.

Si tenéis costumbre de asistir á los conciertos del ameno jardín del Buen Retiro, habreis hecho la observación de que allí concurre la sociedad más selecta de Madrid.

Y habreis deducido de esto acaso que en lo más selecto de esa sociedad se encuentran los apasionados á la filarmónica.

Esto no es del todo exacto.

Dad una vuelta alrededor del kiosko y os convencereis de que la concurrencia que asiste á esos conciertos se divide en dos clases: la de los que van á oír y la de los que van á hablar y á mirar. Esta última es la más numerosa.

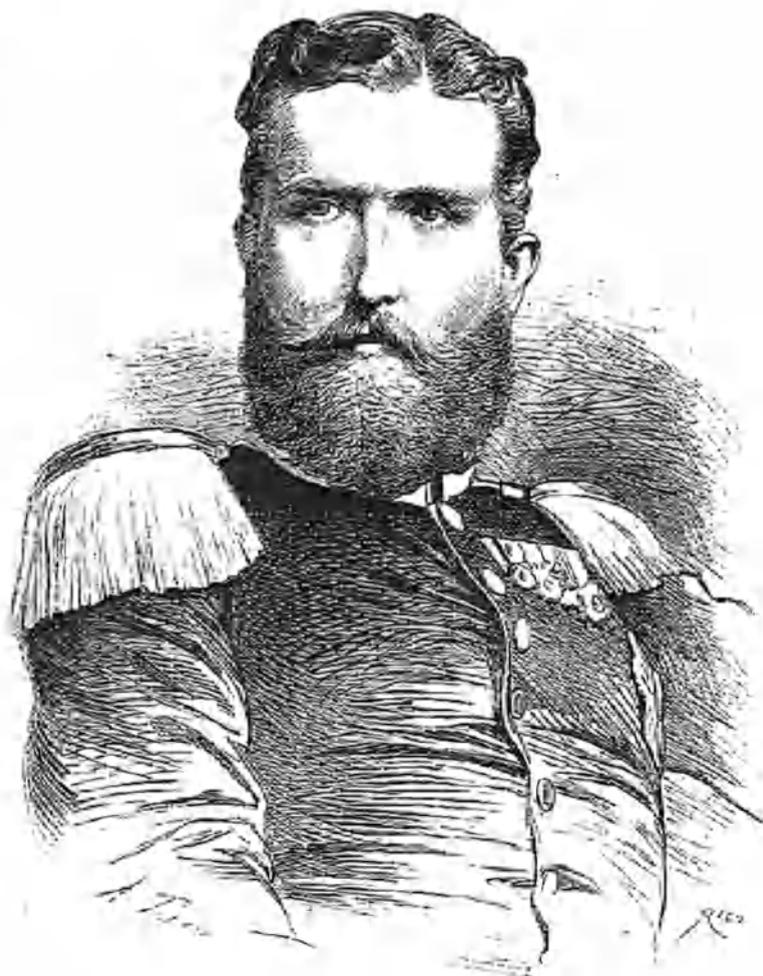
En las primeras filas de sillas que rodean el kiosko, escuchando con avidez las inspiraciones de Bellini ó de Donizetti, encontrareis á los que aman los conciertos pura y simplemente por la música. Estos son los verdaderos filarmónicos; gentes que en oyendo un violín ó un clarinete, aun cuando les fuera siguiendo un hombre con una espada desnuda, se quedarían clavados en tierra como si hubiesen echado raíces.

El verdadero filarmónico es un loco pacífico. Le encontrareis en el Buen Retiro ó en los Eliseos en verano como lo visteis en el Teatro de la Ópera en invierno.

Sus orejas son como los palcos de abono de sus cinco sentidos. Su baston le sirve de batuta. Sus manos aparecen á lo mejor sobre todas las cabezas, agitándose como las de un adufrago que pide socorro, y sus ojos están clavados en lo alto, como si el viento se le llevase al cielo algun billete de banco. A veces se olvida del sitio en que está y rompe con todas las formas sociales... Yo he visto á un señor, hombre serio y de irreprochable conducta hasta entonces, coger de súbito la mano de una señora y estampar en ella con asombro del público en general, y de su esposa en particular, un ósculo digno de Fausto... ¡A qué extremo no conduce la pasión por el *ménos incómodo de todos los mieldos*, como llamaba á la música cierto hombre célebre!

Lejos de la orquesta, á modo del que se aparta de los páfidos halagos de una sirena; figurando un círculo de sedas y tulés blancos, rosa, azules, de todos colores, como una cadena luminosa en que cada eslabon está formado por un trage riquísimo ó elegante y en que cada trage contiene una mujer preciosa, como una especie de corona formada por un arco iris para encerrar al genio de la música en un modesto kiosko, vereis tambien á esa sociedad para la cual Mozart es ménos dulce que una galantería ó una liaison, y en la que Verdi y el mismo Wagner producen ménos impresion que una falda de blonda ó un prendido de enredaderas. No está, sin embargo, exclusivamente compuesta por el bello sexo esta parte del público. Tambien lo más distinguido del sexo feo se encuentra en este sitio.

El sexo feo hace el amor, habla de la



EL PRÍNCIPE LEOPOLDO HOHENZOLLERN SIGMARINGEN.

pas y de lagarrá, arregla y desarregla el país, da batallas y las gana sobre la arena con la contera del bastón, y suele de vez en cuando y por llevar el compás de la música estráirse hasta dos dedos más allá de los suyos los puños de la camisa.

Después, al concluir el concierto, los filarmónicos verdaderos, y los filarmónicos de ocasión, se confunden y prorrumpan a dúo en elogio de los géneos musicales. — ¡Ah! ¡Bellini es el amor mismo! exclama uno de los primeros. ¡Oh! prefiero a Meyerbeer, contesta uno de los segundos... ¡es el *Bismarck* de la música!

El arte dramático hizo no hace muchos años una gran evolución. Se despojó del frac y los guantes, y poniéndose una chaqueta negra y un delantal blanco, se hizo mozo de café.

Era artista, y se convirtió en artesano. Era un manjar del espíritu, y hoy no es más que una especie de suplemento a un chocolate con tostada. Entrad en un *café representante*, y vereis cómo han puesto al arte los repositorios. La pasión, la sublimidad, las grandes catástrofes, son ya cosa baladí en el teatro. Cuando está Vd. tomando un *bistek* con patatas, se le da a Vd. un ardid de las desgracias de Edipo y del furor de Medea. Hay, sin embargo, algunos seres tan sensibles que en una escena conmovedora sueltan el tenedor y se enjugan las lágrimas con la punta de la servilleta; pero aún este acto de sentimiento suele ser efecto más que de otra cosa de las malas digestiones.

Pero como no hay mal que por bien no venga, el arte dramático, al descender de su trono, se ha popularizado. Antes había pocos actores y no muy buenos. Ahora un *galán se crea* de todo el que tiene ganas de hacer el amor, y un *barba* de cualquiera que la peine. El actor ha roto las barreras del escenario, y amenaza hacer suya hasta la vía pública. Si entráis en un *café dramático*, os encontraréis tal vez con que la dama está en los entretetos detrás del mostrador, y que el *característico*, la trusa mal oculta bajo el delantal, viene a servir el chocolate. Si vais al jardín del Buen Retiro, vereis un escenario muy parecido a los que se regalan por las ferias a los niños aplicados, y en vez de platea una inmensa plaza, y por palcos las copas de los árboles que le rodean y por techo el firmamento.

— ¡Así, decía yo la otra noche en aquel jardín, nació el arte dramático; así morirá!

— Pero... ¡bah! El arte puede morir.

En Weil (Alemania) se ha inaugurado un monumento a Kepler, el grande astrónomo, tan feliz en la resolución de los problemas del cielo como desgraciado para resolver los de la tierra.

Para probar lo primero, basta recordar que Kepler descubrió las leyes de las revoluciones planetarias que llevan su nombre. Afirmó antes que nadie que la materia era esencialmente inerte; que el movimiento rectilíneo de los planetas resultaba de una modificación que imprimía al movimiento rectilíneo primitivo la atracción magnética del sol; que la atracción que los cuerpos ejercen unos sobre otros es proporcionada a sus masas respectivas. Expuso una teoría completa de los eclipses solares, fijando las condiciones matemáticas del lenta astronómico, aún no conocido; demostró que los cuatro planetas descubiertos por Galileo eran satélites de Júpiter; hizo, en fin, tan trascendentales descubrimientos, que no parecía sino que como un santo de la ciencia, tenía en sus sueños visiones esplendorosas, en que la naturaleza le arrebatada por el espacio y le hacía admirar las leyes por que se rigen los astros y el sublime concierto de luz y movimiento de los cielos...

Para demostrar lo segundo, para probar que Kepler fué muy desgraciado en la resolución de los problemas de la tierra, sobra con decir que este gran hombre murió de hambre.

La naturaleza ha sido muy cruel con los sábios. Deberá no haberles dado estómago.

Hace seis mil años, poco más o menos, que el hombre viene burlándose de la emancipación de la mujer.

Dormía Adán en el Paraíso, y al despertarse se encon-

tró con una costilla menos y un ser humano más. La mujer nació a costa del hombre, y éste, temiéndolo en cuenta, la condenó a perpétua servidumbre.

El hombre se reservó el poder y la gloria de las armas, los altos cargos de la política, las profesiones, las carreras y casi todos los oficios. Hasta se colocó detrás de los mostradores de las tiendas y allí, abusándose el retorcido bigote y con aire fiero, esperó a que los vecinos del barrio fuesen a comprarle puntillas, agua de Colonia, y fideos.

La mujer, por su parte, estaba satisfecha. ¿No era la reina de los torneos? ¿No era ella quien ponía en la cabeza del vencedor la corona del triunfo? ¿No escuchaba por las noches, al pié de la mal cerrada ventana, el cántico de sus adoradores, en aquellos tiempos en que para conquistar a una dama, antes que ilustre caballero, era preciso ser buen tenor ó excelente barítono?

Andando el tiempo, algun novio impaciente y desairado por la familia de su adorado tormento hubo de pensar en la emancipación de la mujer. La idea ha hecho fortuna, y poco a poco de entre las lamentaciones de los filósofos y los epigramas de los poetas ha aparecido en el horizonte del siglo XIX como un cometa luminoso el géneo de la autonomía femenil. La mujer no se distinguirá en adelante del hombre sino en el traje, y cuando el bello sexo adopte el modo de vestir del sexo feo, entónces entre uno y otro no habrá más línea divisoria que el *comadros*.

En Inglaterra una ley reclamada por las mujeres en perjuicio de sus maridos concederá dentro de poco a todas las casadas la libre administración de sus bienes. ¿No es preferible, se han dicho sin duda las damas inglesas, que nosotros nos gastemos nuestro dinero en polvos de arroz y esmalinas, a que nuestros caros esposos se lo gasten en vasos de *pils ale* y copas de Jerez?

La Dieta de Suecia ha declarado libre para las mujeres el estudio de la medicina y de la cirugía.

Hablando con toda formalidad, yo declaro que conozco pocas profesiones en que pueda ser tan útil la mujer como la de la medicina; sobre todo, desde que la ciencia moderna ha reconocido que el medio más seguro de salvar a un enfermo, es darle una buena dosis de ausencia de médico.

Las mujeres se hallan célebres muy pronto en la medicina, como lo son en la farmacia.

Si entra Vd. en un laboratorio de farmacia y ve usted allí a la mujer del boticario, no se dirija Vd. a ésto. Su mujer sabe mejor que el dónde está la *quina* y el *acónito* y el *tefetan inglés*. Es incapaz de dar a Vd. una onza de arsénico por otra de magnesia, salvo en el caso de un *accés de celos*.

La mujer del boticario tiene especial habilidad para *dorar las píldoras*. Se lo he oído asegurar mil veces a sus respetables cónyuges.

Con el ejercicio de la medicina por las mujeres se perderá un notable tipo científico. Me refiero al médico de las damas.

La misión de este facultativo está reducida a crear en los dolores y en los ataques de nervios de las bellas que visita, y en recetaslas, según la clase de dolencia, pasear por la Fuente Castellana, ir a la ópera todas las noches, no salir a pié en invierno y no quedarse en Madrid en verano.

Claro es que una mujer entenderá también como el que mejor cuando han de administrarse estos remedios. Y la dignidad de los maridos ganará no poco en el cambio.

¿No es triste para un hombre casado ver que llega un médico joven y elegante, y toma la mano de su mujer, y la pulsa media docena de dedos más arriba de la muñeca, y declara que es preciso algun examen más perfecto para dar opinión, diciendo por junto, después de hacer una excursión científica desde la garganta hasta la cintura de la dama, que en su larga y laboriosa carrera no ha visto una mujer... mejor formada?

A Mr. Blondin, príncipe del aire, ramplaza en los Campos Elíseos Mr. Rivalli, príncipe del fuego.

Los que hayan ido noches pasadas a los Campos Elíseos, habrán podido ver, si han cogido por fortuna buen

sitio, un hombre que realiza por completo la fabulosa historia de las salamandras habitadoras del fuego.

Allí pueden Vds. ver a ese artista envuelto en una atmósfera de llamas, resplandeciente como un hombre de carbón hecho *ascua*, y sin que por eso se tueste, ni se ahume.

Rivalli apaga con la lengua un hierro ardiendo; corta con los dientes una barra candente; hace bañas en la boca con plomo derretido, y ejecuta, en fin, otros ejercicios que parecen ser más recreativos aún para él que para el público.

Esto se llama *Jugar con fuego*.

No sé si como Aquiles se bañó en la laguna Estigia para hacerse invulnerable, Mr. Rivalli se habrá forrado interior y exteriormente con una capa de tabaco nacional para hacerse incombustible. El hecho está así, en aquella plataforma levantada por la empresa de los Campos Elíseos para la celebración de este auto de fé del siglo XIX.

Que todo es artificio y engaño, no lo duda. Antes al contrario, me figuro que si una hora después, cuando le encontréis paseando por aquellos jardines, os tomáis la libertad, por vía de ensayo, de dejarle caer entre la nuca y el cuello de la camisa la encendida punta de vuestro cigarro, le daréis que bailar por tiempo.

De cualquier modo, si se hallase manera de hacer permanente el efecto del procedimiento que emplea, según dicen, aquel artista, para hacerse incombustible, quedaría resuelto el problema de *vivir en el fuego*.

Entónces podría decir cualquier padre de familia, soltando la brocha con que acababa de barnizar a media docena de seres humanos:

Estoy satisfecho, ¡ya tengo asegurados de incendios a mi mujer y a mis hijos!

Muchas veces, cuando en el rigor del invierno me encontraba sentado enfrente de la chimenea convertida en un foco de luz, distrayendo mi espíritu con los jeroglíficos de fuego que traza la llama en la corteza de los troncos, me pareció que en aquella hoguera había algo que vivía, algo que en medio de aquella devoradora actividad consumía allí su vida, y que lanzaba al cielo su alma en aquellos fuegos fatales que hulan por el negro tubo del hogar, y muchas veces, al contemplar las chispas de luz que rodando por la alfombra del gabinete se extendían en círculos de oro, creí ver salir de ellas hadas misteriosas, vestidas con trajes de lentejuelas de colores, y duendecillos microscópicos de ojos fulgurantes; seres fantásticos, que se evaporaban, asustados, al verme.

Este dulce y poético sentimiento huirá de mí en los inviernos que vendrán. El hogar ardiente de una chimenea no es ya sitio que pueda inspirar confianza, que allí, de donde en otro tiempo yo veía brotar hadas y duendecillos, podrá salir en contra de mis días algun asesino *incombustible*.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

EL PRÍNCIPE LEOPOLDO HOHENZOLLERN SIGMARINGEN.

El candidato que el Gobierno de S. A. el Regente de España presenta a la aprobación de las Cortes Constituyentes, llamase Leopoldo Hohenzollern Sigmaringen. Nació el 22 de setiembre de 1835. Casó el 12 de setiembre de 1861 con Antonia María de Braganza y Borbon, duquesa de Sajonia, hija tercera de D. Fernando y de doña María de la Gloria II, reina que fué de Portugal. Antonia María nació el 17 de febrero de 1845, y es, por muerte de D. Pedro, la hermana mayor de don Luis, actual rey de Portugal.

Leopoldo tiene los hijos siguientes: Guillermo, Augusto, Carlos, José, Fernando, Pedro, Benito, nacido el 7 de marzo de 1864.

Fernando, Víctor, Alberto, Mainrad, nacido el 24 de agosto de 1865.

Carlos, Antonio, Federico, Guillermo, Luis, nacido el 1.º de setiembre de 1865.

Sin tiempo para dar un retrato de este personaje tan importante como debiera ser, atendido el efecto producido dentro y fuera de España, por el solo anuncio de que el Gobierno le presenta candidato al trono, damos un ligero dibujo que ofrece, sin embargo, toda la verdad y carácter que pueden prestar el lápiz y el buril del artista en trabajos de este género.

FELIPE II.

Y LA LIGA CATÓLICA DE FRANCIA.

La civil discordia, en que la heresia calvinista había sumido el reino de Francia durante los reinados de Francisco II, Carlos IX y Enrique III, cobra mayor fuerza por los años de 1585, dando origen a la formación de la liga católica, y ocasión a Felipe II de tomar en aquellas luchas parte activa y directa. Habían aquellas monarcas hasta entonces contrastado la heresia, bien que procediendo designadamente, *unas veces cediendo y otras apretando, siempre ambas cosas con exceso*, á juicio de un insigne historiador español *; pero la amplia libertad del culto reformado otorgada por Enrique III, ya desde 1576, y el propósito que en él se trataba de dejar por sucesor á su cuñado Enrique, duque de Vandoma y titulado rey de Navarra, cabeza á la sazón del bando calvinista y para lo de adelante su más firme esperanza, encendió contra el rey los ánimos de los católicos y aumentó en ellos el grande amor á la casa de Guisa, tan señalada en la continua y rigorosa persecución de los disidentes. El Papa Sixto V al principio de su pontificado expidió una bula contra Enrique, duque de Vandoma, en la cual le declaró por hereje y excomulgado y le privó del derecho de sucesión en el reino de Francia, así como á su primo hermano el príncipe de Condé, en caso de que el rey Enrique falleciese sin hijos (9 de setiembre de 1585), y como no cesase éste en su intento, concertáronse muchos señores en defensa de la antigua religión, formando así la liga católica de que fué cabeza, en apariencia el cardenal de Borbon, en hecho de verdad el duque Enrique de Guisa, queridísimo de los católicos. Encónados cada vez más los ánimos, mayor cada día la desconfianza al rey Enrique, después de varios trances y sucesos que no es mi intento recordar ahora, no pararon hasta poner al pueblo de París en rebelión contra Enrique III, que hubo de salir de esta ciudad y acogerse en Chartres: afrenta de que se vengó en fin del mismo año (1588) con la alevosa muerte del de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena en Blois, adonde había convocado los Estados del reino. A tan negra acción se siguió guerra abierta entre el rey y la liga, en que aquel fué asesinado, sitiando á París por el fraile dominico Jacobo Clemente. Enrique de Navarra, allí presente, tomó el nombre de rey y prosiguió el sitio de París. Y aquí tuvo principio la intervención de España en esta guerra.

Que en este punto tuvo principio, he dicho, la intervención de España, no porque antes y sobre todo desde el asesinato de Guisa no hubiese favorecido Felipe los designios y trances de la liga; sino porque la muerte de Enrique III y aclamación de Enrique IV por el ejército que á París sitiaba y por varias ciudades y poblaciones de ensaña, le determinaron á tomar mano, franca y escorazonada, en la empresa de alejar del trono á Enrique IV. Cuando éste, después de verse forzado á levantar el sitio de París, logró algunas victorias que le granjearon nombre de capitán esforzado, y volvió á cercar apretadamente aquella ciudad tan su enemiga, el duque de Parma, Alejandro Farnesio, general insigne entre los más famosos que celebra la historia, sobrino de Felipe y por el gobernador de los Países-Bajos, entró en Francia apresuradamente, obligó á levantar el sitio á Enrique, se apoderó de Ligny y Corbeil, y entró en París triunfante, con gran júbilo de sus moradores, regresando á los Países-Bajos después de socorrerla con hombres y víveres. Había muerto en este tiempo el cardenal de Borbon, á quien los Estados habían decidido en Blois, que tocaba por derecho la corona, muerto Enrique III, y llegado al caso para Felipe II de mostrar claramente sus ideas en este punto, Felipe pretendió poner en el trono á su hija Isabel Clara Eugenia, como hija de su difunta mujer Isabel de Valois, y por el mismo caso, nieta de Enrique II y sobrina de Enrique III: intento que no halló en Francia grata acogida, así como al de poner príncipe católico de su familia, casado con la dicha infanta. Creció la oposición á las miras del rey de España con la abjuración de Enrique IV, y apesar de dos ó tres entradas y de brillantes hechos de guerra de Alejandro Farnesio, aumentó el partido de Enrique IV, al fin reconocido por el Parlamento de París como legítimo rey; de suerte que la guerra, tanamente prolongada por Felipe hasta 1595, terminó con la paz de Vervins, en que salió bien poco favorecido el rey de España, pues por uno de sus capítulos que obligaba á las partes á la mútua restitución de las plazas tomadas en la guerra,

devolvió plazas de tanta cuenta como Calais, Ardres, Doulens, Chatelet y la Capelle, restituyéndosele únicamente una insignificante fortaleza en el Rosellon llamada Opol. Reservóse á sí, á su hija y sus sucesoras, los derechos que pudieran tener á algunas provincias de Francia, para seguirlos por vía amigable y tala de juicio como si los reinos y señoríos tan grandes estuviesen sujetos á las leyes del derecho, y no á las que dan las armas y el valor *.

Dicho se está, por lo que antecede, que no es mi propósito referir los sucesos de esta guerra; asunto en que se han ejercitado varias plumas españolas y francesas, y que requiere otro espacio y otras fuerzas. Intento únicamente examinar las verdaderas miras de Felipe II al emprenderla y proseguirla, juzgar su conducta y con imparcialidad apreciar los resultados.

Que la intención de Felipe fuese la de ceñir la corona de Francia, como entonces se divulgó y algunos desearon, cosa es que no tiene fundamento histórico ni induce á creer documento ninguno de los conocidos hasta el presente. Fué, sí, la de hacer reina de Francia á su hija Isabel Clara Eugenia, á por lo ménos, casarla con el que fuese rey, habiendo de ser éste católico y áun de su familia. A este intento debe agregarse el de apartar del trono, en todo caso, á Enrique de Vandoma. De esto no cabe duda. Entrado en Francia por vez primera, en socorro de la liga, Alejandro Farnesio, juró en la catedral de Meaux que no era su entrada en aquel reino para apoderarse de todo ni de parte de él, sino para socorro de los católicos y librarlos de la violencia y opresión herética; pero este juramento, que no sería justo tachar de falso, no ha de tomarse al pie de la letra para graduar los verdaderos propósitos del rey de España. «Siempre tuvo la mira á poner príncipe de su mano, casado con su hija», dice D. Carlos Coloma †; pero no es enteramente cierto, pues esto lo pretendió para el caso de no lograr la corona para la infanta. Conocida es la instrucción que á este efecto fué comunicada al embajador de España en París, por haber sido publicada en libro moderno y muy leído ‡, y en este documento se descubren bien á las claras los verdaderos propósitos de Felipe II. Recomendábase en él la necesidad de dar pronto rey al partido católico, faltar de este apoyo por la muerte del cardenal de Borbon. Advirtiéndose la necesidad de tener contento y amigo al duque de Mayenne, hermano del de Guisa, y desde su muerte el jefe principal de la liga, encargando se le diga que en todo y fuese rey quien fuese, á él le ha de quedar el segundo lugar en el reino. Entrando ya á tratar de la elección de rey, indica que el hacer para esto junta de Estados generales de todo el reino sería cosa larga y trabajosa por el peligro de los camallos y de incierto y dudoso éxito por la muchedumbre de votos, pretensiones y pasiones, calificando de medio el más llano y expedito el de que se hiciese la elección por el Parlamento de París, así por su grande autoridad en toda Francia, como por resplandecer tanto en él la fe católica, de lo cual podría esperarse que el elegido fuera el más seguro y verdadero católico. A continuación se expresa lo natural que sería, por el reciente beneficio del socorro y tantos otros recibidos del rey de España, querer saber su opinión y voto en caso de la elección, y llegado á este punto, advierte que al principio debe constarse con generalidad, diciendo que aquel agrada más á S. M. que mejor fuese para establecer la religión católica, que es su fin principal, y que á este título debe excluirse al cardenal de Valdama §, por ser conocido fantor de los herejes, y á todos los de la casa de Borbon por la misma causa. Dícese que después de esto se podía pasar á instaurarles diestramente los derechos de la infanta Isabel Clara Eugenia, no sólo á todos los Estados que se juntaron por matrimonio y por hembras á la casa de Francia; pero áun á mucho más, siendo como fué intención todo lo de la Ley Sálica, como lo dicen muy bien los reyes y católicos de ellos. Encárgase que de cualquiera que fuese el elegido se procurase obtener que satisfaga todos los gastos hechos en la liga; que no habiendo dinero para pagar luego esta suma, se consignase algunas plazas en prenda, que sean vecinas á los Estados Bajos y aptos para contra Inglaterra. Encárgase mucho lo justo que será no casarse el nuevo rey sino á gusto y voluntad de Felipe, así como la conveniencia de ganar puertos seguros en Francia para el caso de empresa contra Inglaterra. Y finalmente, después de otras advertencias que omito por no alargar más de lo justo, dícese que si allí se hablara de casamiento de la

infanta, no se excluya ni se admita desde luego, sino que se responda diestramente, representando que en esta materia se ignora la voluntad de su padre, haciendo entender á las partes al mismo tiempo lo bien que les estaría este casamiento, por el cual adquirirían los derechos de la infanta y el amparo y fuerzas del rey de España. Talos son las órdenes de Felipe II á su embajador en Francia, que no dejan duda de que pretendía para su hijo el reino, y de no lograrlo, el casamiento con el rey elegido que, por su voluntad, no había de ser de la casa de Borbon ni fantor de los herejes.

Que no había de tomarse al pie de la letra, he dicho, el juramento de Alejandro Farnesio, para dar á entender que tampoco debe tomarse por enteramente contrario á la verdad en el ánimo de quien lo pronunció ni opuesto á lo que de la política de Felipe II rectamente se deducía. Dado su constante pensamiento de afianzar la supremacía de España y el imperio del catolicismo, nada más natural que favorecer la liga, contrastar las pretensiones de Enrique y ver de asentar en Francia sola y soberana la religión católica. Aun los intentos de que ha hecho mención pudieran, sin gran violencia, estimarse por un panegirista de Felipe II medios ordenados á aquel fin.

Apesar de la citada instrucción, escrita y remitida en 1590, reuniéronse en París tres años después Estados generales, á que juzgó necesario Felipe que asistiesen personas de autoridad y muy de su confianza, además del embajador D. Bernardino de Mendoza, para negociar en su favor. Nombró á este efecto al duque de Fécia, á don Diego de Ibarra, Juan Bautista de Tassis, y como jurista señalado, á D. Inigo de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, con el cargo de alegar y demostrar lo vano é insubsistente de la Ley Sálica y el derecho de la infanta Isabel al ducado de Bretaña, agregado por hembras † á la corona de Francia, y en el cual, aún admitido, cesaba el obstáculo de dicha ley. Ni estas proposiciones ni la de que eligiesen rey á su sobrino el archiduque Ernesto, con quien ofreció casar á su hija, tuvieron aceptación por los Estados. La abjuración, ocurrida á poco, de Enrique IV, su absolución de las censuras por el arzobispo de Bourges, el aumento del consentimiento de sus parciales y por fin su coronación en Chartres, pusieron término á las negociaciones de Felipe II y le hicieron remitir á las armas exclusivamente el logro de sus pretensiones.

En lo de que era invención todo lo de la Ley Sálica, como lo dicen muy bien los reyes católicos y escuderos de ellos, no iba desaminado Felipe II; pero erró grandemente al confundir la base en que falsamente descansaba en Francia la exclusión de las hembras del trono, con lo innegable y vivo de este derecho en aquel reino. Mayor fundamento tenían los derechos de su hija al ducado de Bretaña; mas no fué cuerdo el pensar que, á no ser en muy último extremo, consentiera Francia en tal desmembración. Publicados estos intentos, hicieron daño grandísimo á la causa de la liga y de Felipe; dieron fuerzas y apoyo á la de Enrique IV, y á la postre pusieron á la guerra conclusion tan poco aventajada para el rey de España.

Cuantos datos existen inducen á creer que el hacer, se notorios y sabidos estos pensamientos de Felipe II, ponderados y censurados por sus contrarios, despertó en los franceses, en gran manera, el sentimiento nacional y los inclinó á tener por malos patriotas, y aun completos enemigos de Francia, á cuantos no se declaraban abiertamente contra el rey de España. Siempre el partido de la liga hubo de ser forzosamente propicio á los españoles y de éstos bien querido. «Todos los de la liga son españoles ó españolizados», escribió Enrique IV. Franceses españolizados llama también á los ligalistas la *Sátira Menapica*, escrito más dañoso para ellos que muchos ejercicios y batallas perdidas, como que ridiculiza y torna impopulares sus intentos, sus afecciones y hasta su lenguaje y maneras, risible imitación de los españoles. Fué esta sátira expresión del lastimado orgullo francés y dió á los pueblos la voz de alerta contra Felipe II. «El rey de España, dícese en ella, es un gran príncipe prudente, cauto y valiente, el más poderoso y dueño de más tierra entre todos los reyes cristianos, y aun más lo sería si estuviesen sus provincias próximas ó contiguas; pero el está Francia entre España y los Países Bajos es causa de que sus señoríos le cuesten más de lo que valen; así que, sobre todas las naciones del mundo, detesta la francesa, que sabe muy bien que es la más valiente y generosa y más enemiga de reposo y de dominación extraña.» Con esto y con abjurar Enrique IV el catolicismo, religion al cabo de la mayor parte de los franceses,

* D. Carlos Coloma.—*Las guerras de los Estados Bajos*, II, 260-81.

† *Las guerras de los Estados Bajos*, libro 2.

‡ La Fuente.—*Historia general de España*, parte III, libro II.

§ *Tratado de Enrique IV*.

† Véase lo que fué del de los reyes de 1590-94, 1595-97 y 1598-1601.

* D. Carlos Coloma.—*Las guerras de los Estados Bajos*, de 1585 hasta 1590, 126.

perdió crédito y fuerzas el bando de la liga, que al fin vino á deshacerse reconociendo á Enrique sus jefes de más nota, entre ellos el duque de Mayenne, sin que por esto sobresaliese Felipe II en la guerra: cosa en que puede tachársele de tenacidad impolítica y mal fundada, como lo demostró el suceso de las paces.

No debe, con todo eso, calificarse de inútil ó dañosa á la causa del catolicismo en Francia la parte de

Felipe II en la guerra de la liga y Enrique IV. Negarse no puede que dió calor y fueras al bando católico, balanceando así las del protestante é influyendo por el mismo caso en la abjuración de Enrique IV. No diré yo que fuese ésta fingida é inspirada por razones políticas; pero es lo cierto, que fué tan á tiempo hecha y con tal arte, que es de creer que por lo ménos se hubiese diferido no poco, si á los católicos hubiera faltado arrimotán poderoso como el de los agueridos ejércitos de Felipe II. Sin él, acaso hubieran prevalecido protestantes sobre católicos, y en vez de la paz y libertad religiosa, hubiera reinado la guerra, más que antes feroz y sangrienta, ó la más terrible opresión, sin ser poderoso á estorbarlo el mismo Enrique IV. ¿Qué hubiera acontecido si Enrique IV no hubiese abrazado la religión católica ó, aún en este caso, no hubiese podido refrenar á los protestantes, ávidos de venganza, con el ascendiente y poder del bando católico, ayudado por España? Fácil es conjeturarlo. Muchos en número los de una y otra creencia, bien que fuesen más los católicos; arrastrado Enrique IV, aún contra su voluntad, por sus correligionarios y primeros valedores, la guerra de religión se hubiera prolongado hasta lo sumo, no siendo tan temibles los católicos ni tan apetecida su defección. Acaso la discreta política de Enrique IV, por los escritores de su nación tan celebrada, más fué hija del deseo de atraerse á los católicos, favorecidos tan eficazmente, que de propia inspiración. No falta quien tenga esta política por errada y perjudicial, y piense que debió Enrique IV, para bien de Francia, establecer sólidamente la unidad de creencias, sin dejar en pie una iglesia católica ó un templo protestante; pero este juicio obedece con exceso al entusiasmo por un ideal político y prescinde de otras consideraciones morales é históricas. Que hubiese estirpado en Francia el catolicismo, no podría celebrarlo ningún católico, por grande que su amor á la unidad fuese, y el acabar con los sectarios de la reforma no era humano ni ya fácil ni político. La paz desahojó los pueblos, tras de guerras religiosas porfiadas y sangrientas. La paz les dió Enrique IV; mas para esto preciso fue antes que se mostraran los católicos temibles, y que su obediencia al rey converso fuese tenida en mucho. No hay transacción ni avenencia con quien no es poderoso.

O mucho me equivoco, ó la intervención de Felipe II, que ningún beneficio reportó á España, ayudó en Francia á tan prósperos resultados. Sin embargo, es ásperamente censurada por los escritores franceses y ensalzada por los antiguos españoles. ¡Singularidades de la historia!

Contribuyó Felipe II con su favor y amparo á los católicos á la paz religiosa que se asentó en Francia, bien

dar término á la guerra con tan menguado fruto. Antes lo habría hecho con más favorables condiciones. Yerro de que no se libran los más sagaces y advertidos políticos.

Tal es el juicio que con imparcialidad puede formarse de estos acontecimientos, que en la nación vecina han ocupado á muchas plumas en nuestros días, y que aún pueden dar materia en nuestra patria á escritos de valía,

por lo difícil que es apreciarlos desapasionadamente, y su indudable magnitud é influjo en los posteriores sucesos de España y Francia.

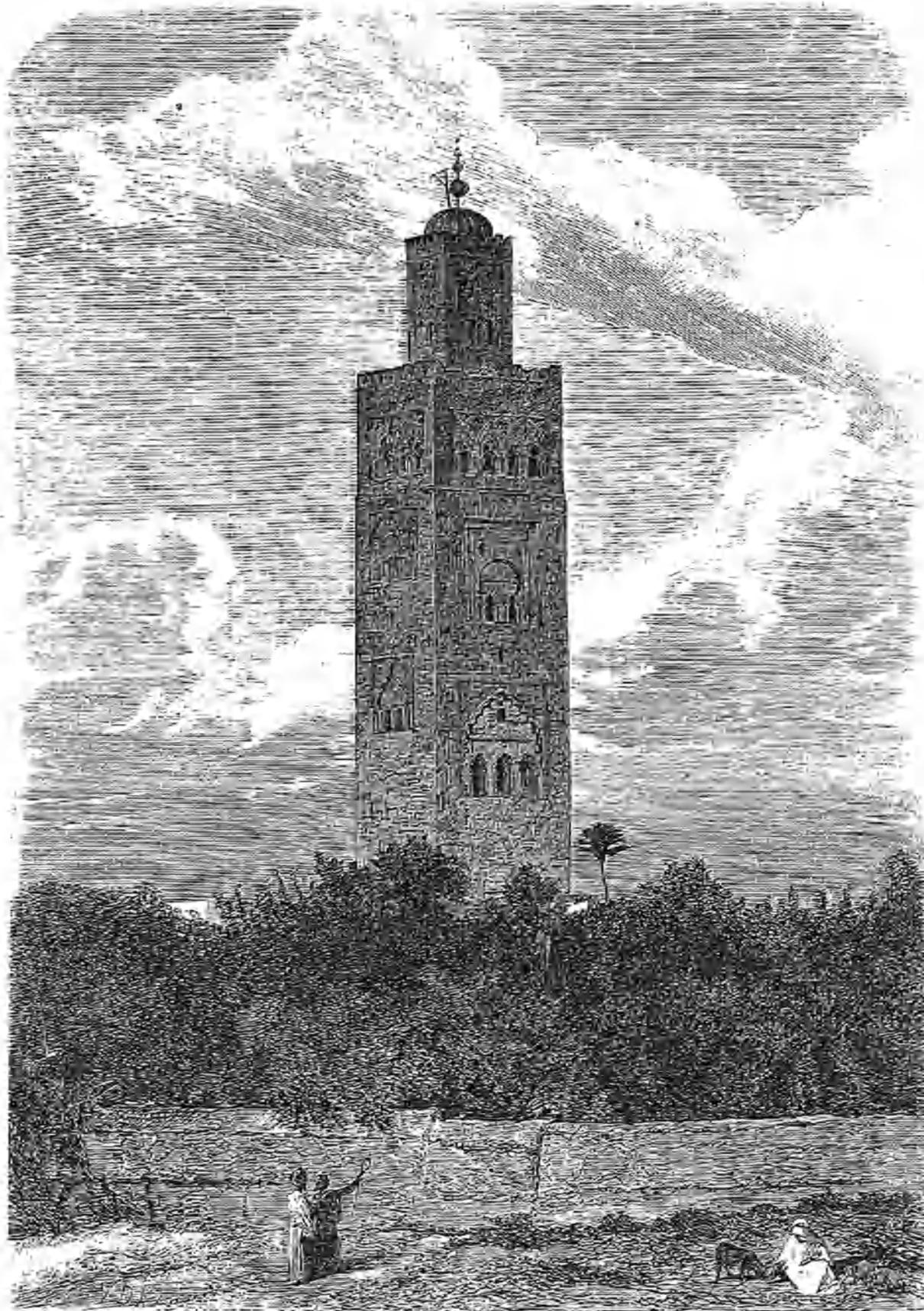
E. ARJONA Y LATINEZ.

LISBOA EN 1870

II.

Poco ha de importar al lector engolfarse en la difícil investigación de quién fundó á Lisboa y de dónde procede su nombre; si alguno es aficionado á consejas mitológicas, en el libro, ya no muy común, titulado *Pundecao, antigüedades e grandezas da muy insigne cidade de Lisboa, escrita pelo capitán Luis Mariño de Azevedo**, encontrará más de las que razonablemente pueda desear: quédese, pues, entretenido con aquella copiosa colección de fábulas, y sigámonos los que quisieran acompañarnos en nuestros paseos por la ciudad.

Ya se llegas á ella por el ferro-carril, ya por mar, el primer punto notable de la publicación con que se tropieza es la *Plaza de Comercio* (vulgo *Torreiro do Paço*), uno de los principales centros de ella. Constituye esta grandiosa plaza, construida después del terremoto de 1755, un extenso y regular cuadrilátero, cerrado en tres de sus lados por elegantes y uniformes edificios, cuya planta baja forma una arcada general ó galería de arcos de gracioso aspecto. En estos tres lienzos de palacios, que á su terminación al Sur tienen dos cuerpos salientes, más altos que el resto de las demas construcciones de la

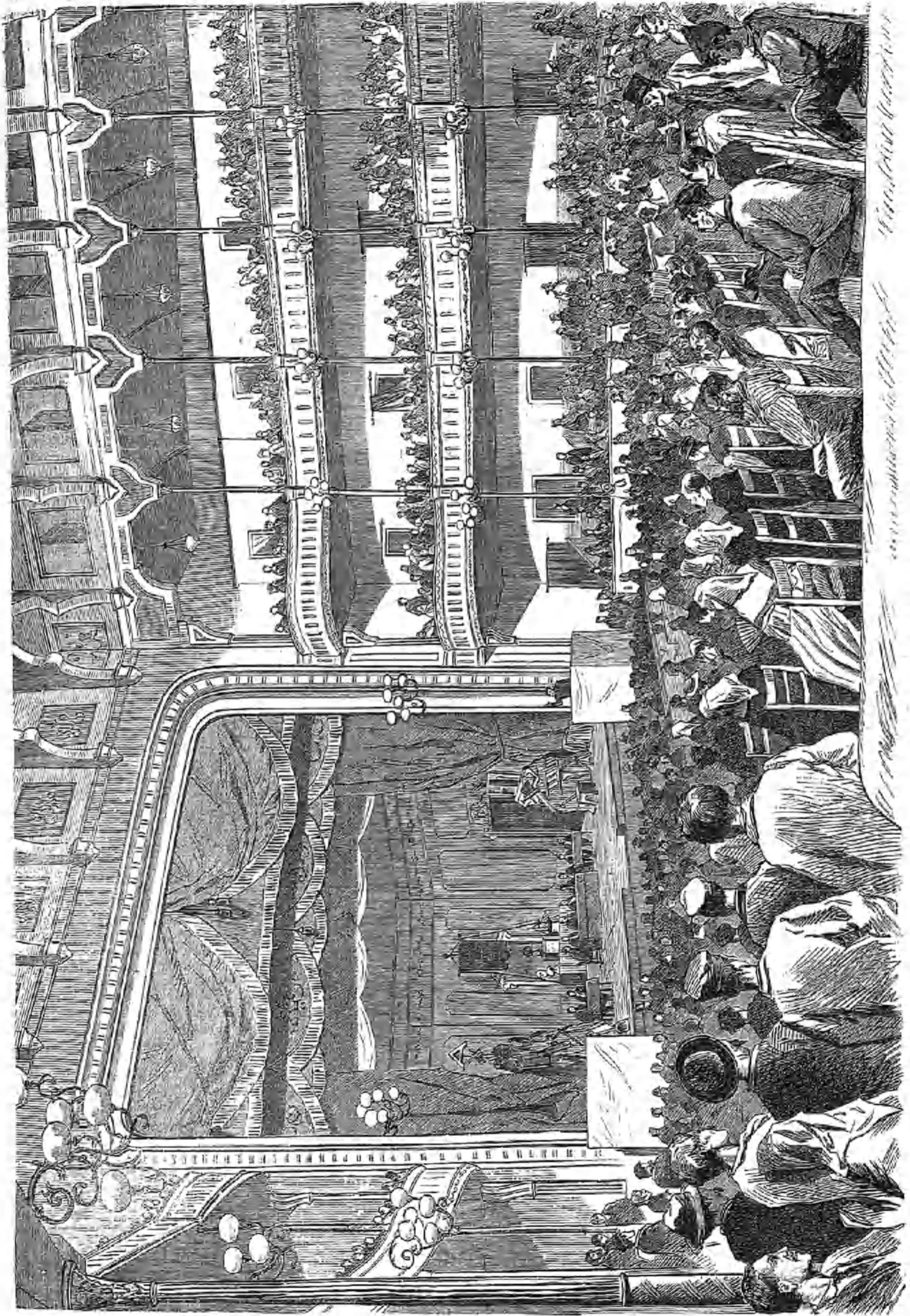


MINARETE DE LA GRAN MEZQUITA DE LA KUTUBIA EN LA CIUDAD DE MARRUECOS.—DE UNA FOTOGRAFÍA REMITIDA POR EL SEÑOR MINISTRO RESIDENTE DE ESPAÑA EN AQUEL IMPERIO.

plaza, coronados por una balaustrada con airoso trofeo, se hallan: al O, los ministerios de la Guerra, *Mirinas*, Hacienda, Negocios Extranjeros y Obras públicas; al N, el recién construido *del Reino*, el de Justicia y Cultos, el Supremo Tribunal, el Archivo militar, la Junta de Crédito público y la guardia llamada del Principal; al E, la *Bolsa* y la *Aduana*, vasto edificio que espera mayor movimiento mercantil del que actualmente hay en Lisboa, y que merece ser visitado aun por el que nada tenga allí que despachar. El cuarto lado de la plaza, que es el más bello de todos, le forma el majestuoso Tajo, sobre el cual avanzan tres excelentes muelles, el del centro llamado *Que de los columnas*, punto desde el cual se goza del espléndido panorama

que no definitiva; pero no por eso juzgo que obró acertadamente al prolongar la guerra, convertido ya Enrique, absoluto por el pontífice y granjeadas las voluntades de los católicos. Nada patentiza este desacierto tanto como el comprobar los capítulos de la paz de Verrins con los anteriores sucesos de las armas españolas. No se crea que reveses y derrotas obligaron al rey de España á firmar una paz en que salía tan poco ganancioso; antes al contrario, durante el gobierno de Alejandro Farnesio y del conde de Fuentes que sucedió al archiduque Ernesto, obtuvieron sus ejércitos señaladas victorias y conquistaron importantes ciudades; cosa que se ve en la mutua restitución de plazas que por las paces se efectuó. La convicción de que era su causa impopular ya en Francia, de que ésta no consentía sus proyectos de poner rey de su casa y familia, ó de de-membración, le forzaron á

* Lisboa 1871.



PRIMER CONGRESO DE OBREROS ESPAÑOLES, CELEBRADO EN BARCELONA.

que ofrece la orilla opuesta del río. A los extremos del estepocho que cierra este lado, se hallan la *Estación del ferrocarril del Sur* y el *jardín de la Aduana*. No conocemos capital que en una plaza tenga reconcentrados tantos servicios públicos.

En el centro de la del Comercio se halla el monumento erigido por el pueblo de Lisboa á D. José I, que, guiado por el marqués de Pombal, mandó reedificar la ciudad destruida por el horrible terremoto. Una gradería de seis peldaños conduce á la plataforma en que descansa el pedestal entre dos grupos alegóricos; el uno representando un manecbo, que tiene en una mano la palma del triunfo y con la otra guía un caballo que pisotea á los enemigos; el otro la fama con su correspondiente trompeta, un elefante al pié y un hombre postrado; estas alegorías dan ancho campo, por la vaguedad de su desempeño, á que cada cual las interprete á su manera; en las dos fases del pedestal se ven un bajo relieve alusivo á la reedificación de la ciudad, y otro con el busto del marqués de Pombal, que es ya el segundo que allí se coloca, pues el que se puso en tiempo del ministro fué arrancado en 1777, y el nuevo data de 1833, y es debido á un orden de D. Pedro IV. Sobre el pedestal se halla la estatua ecuestre y colosal de D. José, obra del escultor portugués Machado de Castro, Gineza y caballo pueden entrar en competencia, por lo pesado de las formas y lo frío de las actitudes, con las de Felipe III que Madrid ostenta en la plaza de la Constitución; dicho sea con licencia de la anécdota que supone, que estando aún la estatua en el taller del escultor, fué ya objeto de muchas críticas, cuando un día entró un perro y fijándose en el caballo comenzó á ladrarle; Machado exclamó entonces: ¡Hé ahí el más autorizado de mis críticos! Apesar de la opinion del perro, preferimos los grupos de piedra del pedestal que no carecen de movimiento y valentía, por más que haya en ellos detalles deplorables. El conjunto material del monumento es más tolerable que el pensamiento que presidió á la concepción. Pobre personaje fué D. José para merecer aquella pompa de César; y sólo advirtiéndolo, puede sospecharse que las serpientes que pisa el caballo sean los jesuitas, únicos enemigos que aquel rey venció, porque así lo quiso su ministro.

El día en que se inauguró este monumento Pombal dió un gran banquete, sirviendo la comida en una vagilla que en cada pieza tenia reproducido el objeto inaugurado: á los postres cada convidado se llevó un plato, de que se conserva muestra en la Academia de Bellas Artes.

Frente á este monumento, que forma el eje de la *rua Augusta*, como ingreso á ella y en el centro del lienzo del N, se levanta, sobre macizos y columnas gigantes, un inmenso arco, verdadera montaña de piedra, sobre el cual se halla una plataforma destinada á recibir una turba en que debe colocarse el reloj y campanas de la ciudad, como las cornisas que descansan sobre las columnas á recibir enormes grupos de escultura que están ya muy adelantados.

Tal como se halla la plaza del Comercio, bien puede citarse como la mejor de la Península: si la arcada se destinara á tiendas de lujo y se alumbrara como convenia, para convertir las galerías en lo que son las del Palais Royal de París, si el centro se transformara en jardines, si los edificios fueran revocados con mejor gusto artístico que el que revela el ocre rabioso que hoy ofende la vista, aquel gran cuadrilátero que por uno de sus lados recuerda la plaza de San Marcos en Venecia, con su río de cinco kilómetros de anchura y su espléndido panorama de la opuesta orilla, sería una de las mejores plazas de Europa.

Parte de la del Comercio la calle del Arsenal, en el cual se halla situado el de la Marina, que ocupa un trozo del local donde se hallaba antes del terremoto el palacio real, desde cuyas ventanas se entretiene un pavante de D. Juan IV en apuntar con una escopeta y derribar de las vergas á los pobres marineros de las naves ancladas en el puerto. En este vasto establecimiento hay buenos talleres, un excelente dique, muchos almacenes para depósito de material de guerra, diversos muelles y una gran sala llamada *do Risco*, en que se celebró la exposicion industrial de 1849. Además se halla allí el *Supremo Consejo de Justicia militar*, el *Tribunal de Casación* y el *Palacio central*, desde el cual se hacen las señas de los buques que entran y salen en el Tajo y que están á la vista de las fortalezas de la barra.

Dentro del arsenal, á pocos metros de la margen derecha del río, brota un riego y un célebre manantial de aguas sulfúreas, que con otro de aguas salino-maritimas, llamadas de San Paulo, ha dado motivo para fundar un notable establecimiento de baños, dirigido por el doctor Agostinho Vicente Lourenço, que se ha consis-

tado una reputacion de especialista verdaderamente europea.

El arsenal de la Marina forma uno de los lados de la plaza de Pelourinho, que es cuadrada, con edificios regulares, y en cuyo costado oriental se está levantando el *Palacio de la Cámara municipal*, digno de ser visitado para apreciar la perfeccion con que se trabaja la piedra en Portugal. En el centro de esta plaza hay una originalísima columna de mármol, de una sola pieza, en forma de rosca, que tiene por remate una esfera alular de metal; allí se ejecutaban las sentencias de muerte contra los nobles.

Es este sitio uno de los puntos de partida de las diversas líneas de omnibus establecidas en Lisboa.

Citada dejamos, al hablar del arco de la plaza del Comercio, la calle Augusta, á que sirve de ingreso y que, como las cuatro que le son paralelas á uno y otro lado, las del *Ouro*, la *Prata*, *Fasqueiros* y la *Magdalena*, miden 4.500 metros de extension por 20 de anchura: paralelas tambien, aunque ni tan largas ni tan anchas, hay otras cuatro calles, formando un conjunto de ocho que se hallan cortadas por ocho transversales, constituyendo todas ellas un magnífico paralelogramo de manzanas separadas por ángulos rectos que empieza en la plaza del Comercio y se extiende hasta las de D. Pedro y la Figueira. Todos los edificios particulares de estas calles tienen una fachada uniforme, que recuerda el género de la mayoría de las de Londres; todo el barrio está lleno de tiendas de lujo, almacenes y casas de comercio. Distínguese entre éstas la del *Banco de Portugal*, construída de nueva planta con este objeto, y perfectamente distribuída para facilitar y hacer cómodos todos los servicios del establecimiento.

Esta parte de la poblacion, que como todo centro aglomerado y situado en bajo, no es la más agradable para vivir ni más saludable tampoco, es sin embargo la más bella y la que más impresiona al forastero. Si la calle Augusta, que comienza realmente en el Tajo y tiene en su eje el monumento central de la plaza del Comercio, juviera al N. por final el de D. Pedro, y concluyera con el pórtico del teatro de doña Maria, podría entrar en competencia con más de una de las grandes vías de las que constituyen el nuevo París.

Desgraciadamente las dos principales, las calles Augusta y Aurea, van á desembocar en dos ángulos de la plaza llamada del *Rocio* y ahora de *D. Pedro*, la más grande y una de las más hermosas de la ciudad, que mide 250 metros de extension por 125 de anchura, y á la cual afluyen con toda regularidad nueve calles. Es el pavimento de la plaza un mosaico compuesto de piedras pequeñas, negras y blancas, formando dibujos ovalados muy correctos; este género de empedrado, bastante comun en Lisboa, y que no hemos visto en ninguna otra capital, luce aquí más que en otras partes, á causa de lo considerable de la extension; por todos los costados corre una alameda y en el del N, se halla el *Teatro de doña Maria*.

Fué levantado en el mismo sitio en que existió el palacio de los *Estaus*, despues la Inquisicion y por último la Regencia, edificio que quedó totalmente destruído por un incendio en 1837. Construyóse el teatro en 1847, y aunque inferior al de San Carlos en grandezza y solidez, le aventaja en elegancia y lujo de ornato. La fachada principal, que embellece la plaza de D. Pedro, tiene un pórtico formado por seis bellas columnas de orden corintio, sobre las cuales reposa un frontón, en cuyo tímpano hay un alto relieve que representa á Apolo y cinco musas; las dos que allí faltan, Melpómene y Talia, hacen compañía á la estatua central con que se corona el edificio, que es la de Gil Oriente, uno de los seiscientos y pico autores portugueses que escribieron en lengua española. Ocho pilastras colocadas en los extremos de la fachada constituyen dos cuerpos, sobre cuya cornisa dan lugar á cuatro bajo relieves, representando la aurora, el medio día, la tarde y la noche; todos ellos y los demás ornamentos de las cuatro fachadas están ejecutados en la Academia de Bellas Artes de Lisboa; el pórtico de que hemos hablado sirve de ingreso al teatro real, y por el targo de *Camões*, que es el que se ve á la izquierda de nuestro grabado, se entra á las plateas y palcos principales. El salon de recepcion no es muy grande, pero sí de muy buen gusto, y produce excelente efecto iluminado. El teatro de doña Maria tiene la consideracion de normal de declamacion dramática, trágica y cómica.

Á la derecha del teatro se ve en nuestra lámina un edificio, que es el palacio de Almada; en un sótano de él se fragó la conspiracion con que Portugal, mas abultado que Castilla, Aragón, Valencia y Cataluña, se endió el yugo de los Felipes, de cuyos sucesos para todos los hijos de la Península,

El centro de la plaza le ocupa el monumento á don Pedro IV, que consiste en un basamento con pedestales, una columna y una estatua. El basamento consta de dos partes; la primera, acompañada de cuatro pedestales rectangulares en que se hallan sentadas las figuras alegóricas de la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza; la segunda parte tiene por adorno los 16 escudos de las principales ciudades de Portugal. El pedestal es tambien cuadrado, con los ángulos achaflanados y cuatro inscripciones de bronce doradas. El tercio inferior de la columna, circundado por una corona de laurel, está decorado con guirnalda y coronas, y cuatro figuras de la Fama en bajo relieve, ligadas con festones pendientes de las manos; el resto de la columna es istriado y las cuatro partes del capitel tienen los blasones de las armas de Portugal; encima se eleva un pequeño pedestal terminado por un hemisferio, sobre el cual descansa la estatua del emperador coronado de laurel, con traje de general y manto, teniendo la Constitución en la mano derecha y apoyando la izquierda en la espada. La piedra de granito de la base, el mármol del basamento y todo el material de la columna es de canteras portuguesas; la estatua de bronce; el monumento es debido al arquitecto francés Davioud y la estatua al escultor, tambien francés, Elias Robert.

El conjunto es de buen efecto, las líneas puras y graciosas, los detalles de mucho gusto y muy bien desempeñados; pero la colocacion del monumento adolece de un defecto capital: de ninguna parte puede verse la estatua á que está dedicada la columna, porque falta una gran calle que la dé frente y permita tomar la distancia necesaria para contemplarla.

Hasta el punto en que está situada llegaban otro tiempo las aguas del Tajo; de modo que toda la parte de poblacion que llevamos descrita ha sido ganada por medio de un suelo artificial. Ya hemos dicho que al Naciente y Poniente la plaza tiene un caserío simétrico; al S. está el *arco de Bandeira*, tambien acompañado de edificios particulares.

Desde esta plaza se ve en una eminencia el *ex-convento del Carmo*, hoy *Castel de la Guardia Municipal*, y las pintorescas ruinas de la gótica iglesia, tal cual la dejó el terremoto; en ella se halla establecido el *Museo arqueológico*.

En el ángulo derecho de la plaza de D. Pedro, mirando al lado del S., empieza la calle *rua do Carmo*, de que es continuacion la *rua do Almada*; por ambas se sube á la *do Chiado*, considerada como el sitio más elegante de Lisboa; sus tiendas son aún más lujosas que las de las calles ya nombradas y las de la plaza de don Pedro. Allí se encuentran los mejores almacenes de telas para trajes de señora (*lojas de facendas*), sastres (*alfayates*) célebres, sombrererías (*fábricas de chapéus*) muy reputadas, encajes (*rendas*), relojes (*relogios*), cigarreros (*charutos*), guantes (*luvas*) de Oporto, que no quitarían la venta á los españoles si se tomaran la pena de presentarse en Lisboa, *café (lojas de café)*, peluqueros (*cabelleiros*) y cuanto pueden pedir las necesidades, el gusto ó el capricho del más exigente forastero.

Es el Chiado, por su anchura y su situacion central, uno de los puntos más alegres de Lisboa; quien recorra la parte de la ciudad que dejamos reseñada, notará una soledad, una falta de movimiento y animacion que la dan cierto aire de capital de provincia; sólo el Chiado, con su tránsito de gentes y carruajes, con sus paseantes y sus corrillos de señores á las puertas de las tiendas, recuerda que se está en una gran poblacion; no es esto decir que se estacionen allí legiones de desocupados como en la Puerta del Sol, que esto no es en ninguna otra ciudad del universo; pero sí los suficientes para que aquella concurrencia fija de ciudadanos, gravemente ocupada en oír lo que se dice y observar lo que pasa, aquel desfile de damas obligadas á hacer compras en tiendas guarrocadas por galanes, participantes del privilegio industrial de *hacer tiempo* que á los españoles nos concedió la naturaleza, en cambio de otras ventajas, manufacturas negativas, aquel ir y venir á paso lento por la plaza de *Loreto* y *Largo de las doze igrejas*, prolongacion del Chiado, aquella guardia de honor á la salida de misa de mozos que no entran á oírlo sino que van allí á pasar revista á devotas que en gran número han entrado para ser revistadas á la salida, aquella pereza, en fin, retratada en todas las figuras de tan animado cuadro, certifiquen al forastero de que se halla en esta bendita Península meridional, espléndido templo que parece expresamente erigido para rendir culto al reposo los ratos que deja libres la sagrada mision de dormir la siesta.

Á la izquierda de Chiado, tomando la bella *rua de San Francisco*, se encuentra el *ex-convento* de este nombre, donde se halla la *Biblioteca pública*, que posee

cerca de 300.000 volúmenes, entre ellos 10.000 manuscritos, una colección de 25.000 medallas antiguas y muchos códices del extinguido convento de Aleobaba. En el mismo edificio está situada la *Academia de Bellas Artes*, con clases de dibujo, pintura, escultura, arquitectura y grabado, algunos cuadros y estatuas, ni tantos ni tan buenos que aquello pueda considerarse un museo. Por último, el ex-convento de San Francisco da una cabida á las oficinas del *Gobierno civil*.

Cerca de él, en una plaza cuadrada, bastante espaciosa para el servicio de carruajes, se halla el *Teatro de San Carlos*, uno de los mejores de Europa. Fue construido en seis meses, á espensas de una compañía de negociantes. La sala es elíptica, tiene 120 palcos (camarotes), distribuidos en cinco pisos y una tribuna real inmensa y lujosísima. El techo es todo de cantina, á prueba de fuego; tanto el escenario como la plates son espaciosos; esta última ricamente adornada y en disposición acústica tan perfecta, que en cualquier punto de la sala se percibe la más tenue vibración de un instrumento ó de una voz. Las compañías que actúan en este teatro son de ópera italiana y baile.

En el cercano palacio del conde de Fátrobo se halla el *Gremio literario*, asociación que participa de la índole del Ateneo y el Casino de Madrid; hay en él una copiosísima colección de periódicos y revistas de toda Europa, una biblioteca, magníficos salones para reunión y un lindo jardín.

A la derecha del Chiado, tomando la *rue nova da Trindade*, se encuentra el *Teatro do Ginasio*, que es de segundo orden, pero que suele estar muy concurrido, por la afición que hay á las comedias de costumbres que se representan en este coliseo: contiguo á él se halla el nuevo y elegantísimo *Teatro da Trindade*, cuya sala, lujosamente decorada, recuerda por su disposición la del teatro francés del Palais Royal. Trabaja en éste la misma compañía que en el de doña María. Inmediato á él hay un magnífico *Salon de baile*, que en los de Carnaval se pone en comunicación con la plates de la Trindade. No lejos de allí están también los salones de baile del titulado *Casino Lisbonense*.

En el Chiado, el sitio más animado de la capital, y en la proximidad de la Biblioteca, la Academia de Bellas Artes, el Gremio y tres excelentes teatros, dejamos por hoy al lector.

Rosa.

TRADICIONES ASTURIANAS.

LA PENA DEL CASTIGO.

No lejos del pueblo de Campomanes, después de pasar por el fértil valle que hacia la Cubilla se descubre, y que enlaza con la de Oviedo á la provincia de Leon; si el caminante se detiene entre Tellejo y Riospazo, habrá de conocer necesariamente la *Peña del Castigo*, roca gigantesca de color sombrío, que contrasta sobremedera con las blancas calizas de su rededor. Pero no llamará tanto su atención esta circunstancia como el extraño aspecto de otra roca unida á la primera, pues semeja con notable exactitud el cuerpo de un hombre de proporciones colosales, en disposición de trepar por ella.

Y no faltará algún habitante de aquellas comarcas pintorescas, el cual de buen grado se preste á referir al observador curioso, en un lenguaje rudo, aunque no exento de atractivos, la dramática tradición con cuyo nombre se ennoblezca este artefacto.

No hay memoria del año en que, en el poblado llamado La Costina, vivía una pobre viuda con dos hijos, y careciendo de recursos para su manutención, decidió enviarlos á otro pueblo, donde podrían ganar lo necesario á dicho objeto como pastores.

El mayor de ellos, Bernardo, representaba más de sus quince años, por el cuerpo alto y robusto de que estaba dotado y por la enérgica cuanto maligna mirada de sus negros ojos. Melábase de ver en todo su porte cierta rudeza salvaje que le daba un aspecto tan repulsivo, como era simpático el de su hermano Antonio.

Tenía éste unos trece años y las delicadas formas de una mujer. La palidez de su rostro, sus rubios cabellos que en abundantes rizados caían sobre sus hombros, sus ojos de un azul claro empañado por una nube de melancólica tristeza, y la sonrisa de resignación de sus labios descoloridos, hacían á este niño tan interesante, que inspiraba compasión á cuantos le encontraron el día de su partida del pueblo, caminando silencioso en compañía de su hermano, ambos descalzos sobre las punzantes piedras de aquel suelo.

Iban subiendo la cuesta de Cubilla, y mientras que á Antonio le agobiaba el peso de un zurrón, bien repleto, por la solicitud de su madre, de pedacitos de *lecona**, requesón y frutas, á Bernardo no le estorbaba en modo alguno un nudoso garrote de acebuche, único peso que llevaba.

La niebla húmeda, y espesa que cubría las cimas de Península descendía sobre el valle, precipitando la huida de la tarde.

—¿Crees, dijo Antonio, después de prolongado silencio, que hoy podremos llegar á la hermita de Flor de Acebos? Llevo aquí una vela de cera, que me dió nuestra madre para encandársela á la Virgen porque nos saque con bien de nuestro viaje.

Bernardo no contestó, y continuó su marcha rápidamente, silbando con aire distraído.

—¿Por qué no me contestas, volvió á decir tímidamente Antonio? Si te he enojado, perdóname: ya sabes que te quiero mucho, y que no lo hice con esa intención.

—¿Cuándo has de callar con tus terneras, tu Virgen y tus melindros, contestó bruscamente Bernardo. Yo pienso en una cosa que importa más que todo eso; y es que está *Lutano** como cabritos y pronto tendremos tormenta. Es; date prisa: vamos á guarcernos en la cueva que hay bajo aquella peña.

—¿No te parece, Bernardo, que haríamos mejor en llegar hasta la hermita, donde estaríamos más seguros?

—¡Al diablo con tu hermita!...

—¿Jesús! no te enfades. Ya sé y—cuánto lo siento!—que no eres muy amigo de la Virgen. Vaya; por no verte con ese enfado, te seguiré al sitio que quieras. Pero... aguarda, hermano, que al zurrón no me deja caminar tan aprisa, y de seguir tú á ese paso, luego te perderé de vista.

—Si sucede así, no tendrás que culpar á nadie más que á tí mismo, por haber perdido tanto tiempo en lloriquear, despidiéndote de nuestra madre, como si no hubiera de volver á verla.

—¿Qué quieras...? Me daba una pena tan grande!

En esto llegaron los dos hermanos á una estrecha senda medio oculta entre las malezas, y, desliziéndose por ella, pronto llegaron á la margen del río Güerna. El ruido de sus aguas al precipitarse sobre las rocas, formando una cascada de más de veinte pías, parecía un siniestro augurio á los amagos de la tormenta.

Agitábase con violencia las ramas de los abedules á impulsos de un viento huracanado, y empezaban á caer gruesas gotas de agua. La tarde iba convirtiéndose en noche, y aumentaban su tristeza las sombras proyectadas por las rocas, cuando el disco del sol que se alejaba, de vez en cuando aparecía entre nubes amenazadoras.

Los dos hermanos penetraron en la cueva. Momentos después de la tempestad ya no se contentó con amenazar, sino que principió furiosamente su obra destructora. Desencadenóse el huracán, haciendo humillar al suelo las altas copas de las hayas y de los robles.

Y el huracán no venía sólo. El rayo le precedía. Las ondas del río rebramaban en la cascada, y hasta los gigantesos peñascos parecían próximos á desgañarse.

Aquella naturaleza, poco antes risueña y hermosa, presentaba un aspecto salvaje, aterrador.

Antonio, entonces, arrodillado ante una imagen de la Virgen, que siempre llevaba sobre su pecho, oraba con fervor; mientras su hermano, sentado en una piedra, miraba con desden á la imagen que habia sido toscamente esculpida en un madero de roble por su infantil devoto.

—Déjate ya de rezos, y vamos á comer, que el camino me ha abierto el apetito, y aún tendremos mucho que andar.

Siempre obediente á las órdenes de su hermano mayor, levantóse Antonio, vació su zurrón y esperó á que le diera su parte en las provisiones, á tiempo que un ruido á la entrada de la cueva le hizo volverse sorprendido.

Era la causa del ruido una mujer llevando de la mano á un niño de tres años, con el aspecto de la indigencia. El niño era muy hermoso, y la dulce fisonomía de la mujer inspiraba cariño y respeto.

—Un poco de pan para este niño, por el amor de Dios, dijo con la conmovedora elocuencia que sabá encontrar una madre á la anhelante mirada de su hijo hambriento.

Bernardo continuó comiendo, cual si no le hubiera escuchado. Antonio, que en aquel momento recibía su ración, se la entregó toda á la indigente. En su corazón resonaba la voz de su propia madre agradecida, y que tantas veces habia pedido también, por el amor de Dios, un bocancho de pan para él.

Y no bastaba esto á su ferviente caridad. Desprendió de sus hombros delicados el modestísimo abrigo que los cubría, dirigióse hacia el niño, besó su frente de azucena, y envolvió en el abrigo, con fraternal solicitud, sus piecitos amoratados y angrientos.

El niño le miraba de hito en hito con celestial sonrisa, y su madre, balbuciente de emoción, radiando de sus ojos un tesoro de gratitud: «la Virgen te lo pagará, buen niño, la Virgen te lo pagará» le decía:

—Sí, y con eso no tendrá hambre en todo el camino, murmuró con enojo Bernardo.

Y sin obtener respuesta, levantóse impaciente y se dirigió á la entrada de la cueva, sintiendo que acababa de cesar la tormenta. En efecto, el horizonte se despejaba y el sol, próximo á su ocaso, hacia brillar como millores de rubies los restos que dejara la lluvia en las hojas de los árboles. Tornaban las aves á posarse en las ramas placenteramente, y las enhiestas cimas de las rocas volvían á destacarse con gallardía en el azul de los cielos.

Nada de esto vió Bernardo. Un rumor extraño é imponente absorbía toda su atención. Lanzóse rápido fuera de la cueva, y con la misma rapidez volvió á penetrar en ella, reflejándose en sus ruidas facciones un espanto indecible. Y no en vano, que el espectáculo que se ofreciera ante sus ojos era terrible, y hubiese helado la sangre en las venas al más temerario.

El Güerna habia salido de madre y sus turbias ondas precipitábase mugiendo por el valle, y crecían, y llegaban amenazadoras á la entrada de la cueva. Pronto empezó á invadirla, mojado los pies de Bernardo y las rodillas de su hermano y de sus protegidos, que oraban fervorosos entre el siniestro rumor.

Instantes hubo en que las ondas se detuvieron como animadas por el respeto, como contenidas por el temor y la pena de tener que devorar el bellissimo grupo de aquellas angelicales criaturas.

Entonces Bernardo se desembarazó de su ropa; lanzóse al agua, fuera del recinto invadido, y, ya nadando unas veces, y otras haciendo pié, logró alcanzar la cima de un peñasco, trepando á toda prisa, sin hacer caso alguno del suplicante acento de su hermano.

—Bernardo, Bernardo! le gritaba, por Dios, por la Virgen Santísima, por nuestra madre, por lo que más quieras, vuelve un momento, y salva á este niño y á esta mujer. Por mí no es necesario que te expongas, pues ya dirás á mi madre, ¡oh madre mía! que la muerte me llevó pensando en ella... pero... ¿qué haces?... ¡no me escuchas!... ¡Te alejas! ¡Oh! Este inocente niño al menos... ¡ah! ¡no viene! ¡no viene! pero... amigos míos, no creáis que es malo mi hermano: es... que tiene miedo y... vamos á perder los tres! ¡y yo no sé nadar!... ¡no puedo socorreros!

Y Antonio, delirante de pena, bañaba con sus lágrimas la imagen de la Virgen; miró á sus compañeros y ¡oh prodigio! apenas logró reconocerlos. Espléndidas aureolas circundaban sus frentes; aquellos rostros que poco antes aparecían macilentos, con la estenuación del hambre, irradiaban un fulgor divino, una majestad sobrehumana.

Mudo, estático Antonio al reconocer á la Virgen María y á Jesús en aquella mujer y en aquel niño, como las imágenes que se veneraban en la hermita de Flor de Acebos, cayó de hinojos besando sus pies, y sus labios trémulos no acertaron á balbucear la dulcísima plegaria de su corazón.

Cesaron instantáneamente las amenazadoras mugidos de las ondas, y á su siniestro ruido sucedióse una armonía inefable de procedencia desconocida, cuyos ecos resonaban lo mismo en las alturas que en los profundos valles; ya en olas de la brisa llegaban suavemente á confundirse con el murmurio de las aguas apacibles, ya en los ruidos giró del viento, iban á prestar un encanto irresistible á los poéticos acantos que se desprendían de la cumbre de la montaña.

Era la armonía de aquella naturaleza; eran los ecos sublimes de su gratitud en presencia del Hijo de Dios y de su Santísima Madre.

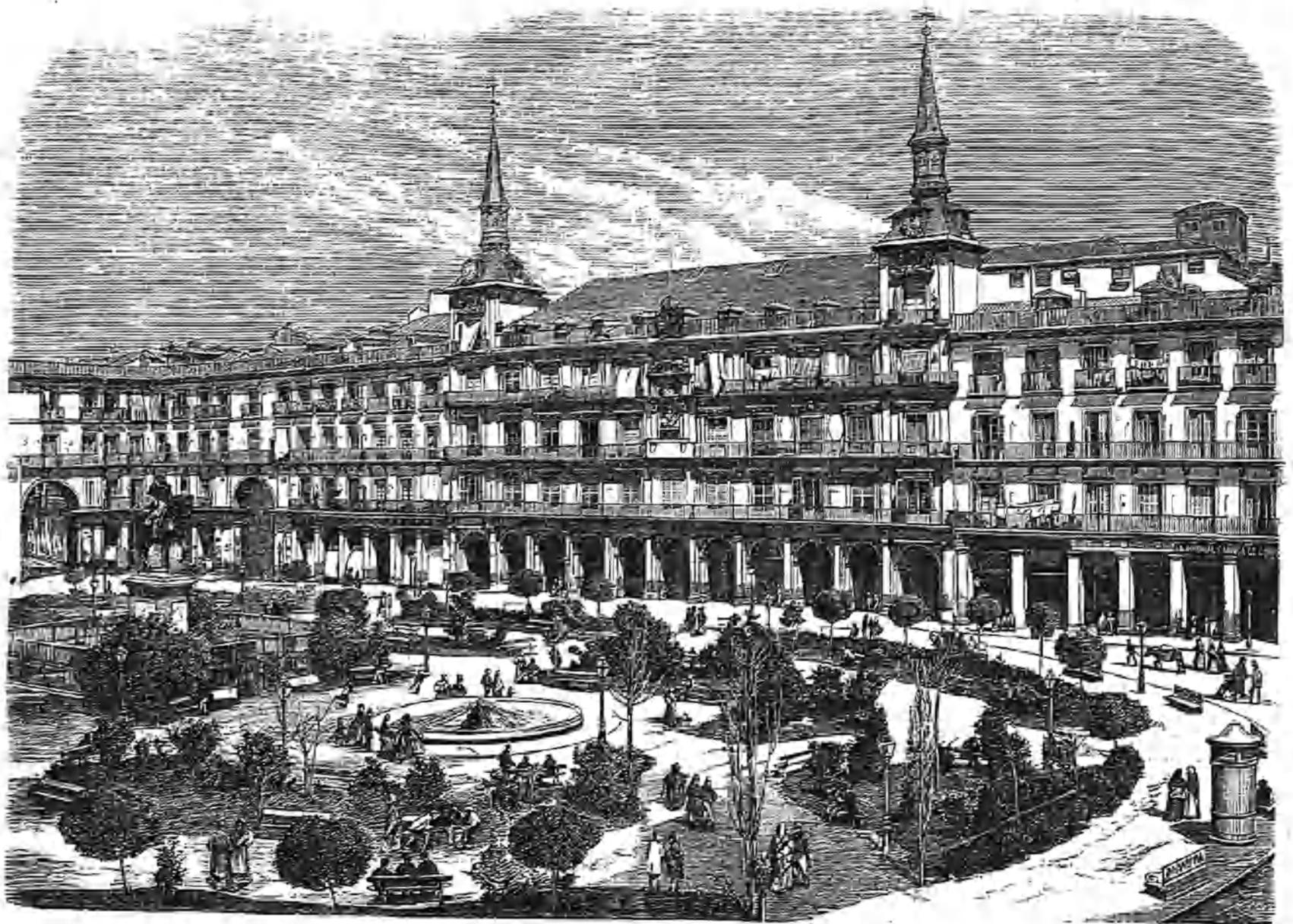
—Antonio, dijo Jesús al niño, levántate y sígueme.

Y empezó á andar sobre las aguas que se solidificaban á su paso, siguiéndole la Virgen, y en pos de ellos ganó Antonio la opuesta ribera, cubierta á la sazón de flores, porque la fe y la caridad, ardientes y puras, reanimaban su corazón.

Y como no se olvidaba de su hermano, volvió la cabeza hacia la abandonada orilla, y vió al infortunado pagando entre la vida y la muerte, asido á la gigantesca roca por donde habia principiado á trepar, y en la cual parecían enclavados sus miembros. Un horror vertiginoso se retrataba en sus lívidas facciones, en sus ojos desencajados; y cuanto mayores fuerzas le prestaba la

* Pan de maíz.

* Nombre de la montaña de las montañas de Asturias.



PLAZA MAYOR DE MADRID.

desesperación para desprenderse de la roca, más y más se iban adhiriendo sus carnes á ella.

Antonio, fuera de sí de dolor, quiso volar en su socorro; pero una mirada de Jesús le contuvo.

—¡Hermano, hermano, exclamó Bernardo con voz de agonía; ven en mi auxilio, socórreme! Siento que mis manos y mis pies se van enfriando, y endureciendo todo mi cuerpo, y mi corazón, y... llega, llega, hermano mío, porque si no será ya tarde.

Al oír sus primeras palabras se había arrodillado Antonio á los pies de la Virgen suplicando su perdón, y cuando dijo «si no será ya tarde», exclamó:

—Bernardo, hermano querido, no es tarde si ruegas á la Virgen por tu salvación. Ruega, ruegala conmigo, hermano, que no te abandonará.

No debió oír Bernardo esta súplica, puesto que continuó con voz moribunda:

—¡Ay de mí! Esta maldita peña me despedaza... la siento penetrar hasta mi corazón... la sangre se me hiela... las fuerzas me faltan... ¡y no puedo arrojarme de aquí al torrente!... ¡Oh! ¡socorro!... ¡socorro!

Y Antonio no pudo socorrerle, porque el agua rechazaba sus pasos, y ni aún el ruego de la Virgen, unido al suyo, logró dulcificar la severa mirada de Jesús, porque ni un sólo eco de arrepentimiento había resonado en el alma del moribundo.

—Si tú te has hecho acreedor á mi bondad, dijo Jesús al piadoso niño, tu hermano ha merecido el castigo que acabas de presentarle. De roca tuvo el corazón para los débiles; enal roca ha sido su alma para el arrepentimiento, y en roca ha de permanecer así convertido, ejemplo desde hoy á todas las generaciones.

Y, pronunciadas estas palabras, Jesús y su Santísima Madre ascendieron ante la absorta mirada de Antonio sobre una nube de nieve y granizo, que desapareció dejando una huella esplendorosa en el azul del firmamento.

Así es la tradición de la *Peña del maldito*, una de las más profundamente arraigadas entre las creencias religiosas del pueblo asturiano; muestra elocuente de una fé inquebrantable, al par que de la sencillez de aquellos hijos de Covadonga.

LUISANO GARCIA DEL REAL.

REVISTA MONUMENTAL Y ARQUEOLÓGICA.

(Conclusion.)

V.

Mientras los discretos deseos del Sr. Cortés llegan á realizarse y nos remite, cual nos tiene ofrecido, algunas fotografías de las principales inscripciones latinas que guarda en su casa de Cangas de Onís, serían permitido fijar nuestras miradas por un momento en la corte de Ordoño II y su provincia.

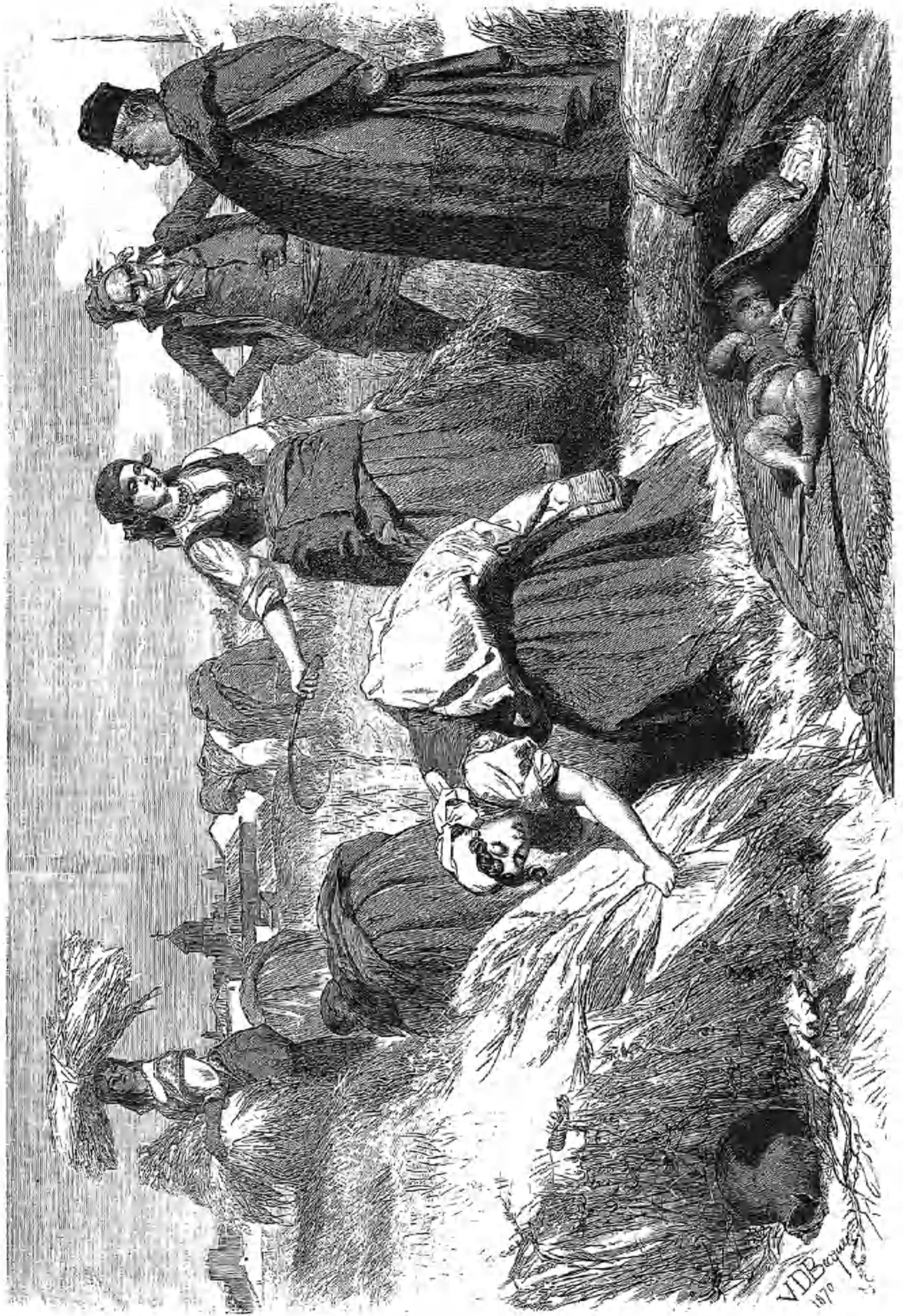
Hace algun tiempo que bajo la dirección del modesto correspondiente de la Academia de San Fernando, don Ricardo Velazquez del Bosco, se empezaron, á espensas de la Diputación provincial, en el des poblado de la antigua Lancia acertadas excavaciones, que dieron desde luego muy satisfactorios resultados. Lográse, en efecto, merced á la inteligencia y celo infatigable del Sr. Velazquez, descubrir casi por completo el ábside general de aquella populosa ciudad, destruida sin duda por el hierro y el fuego durante las primeras y más terribles invasiones de los bárbaros. En aquel extenso perimetro, trazado por fuertes muros sobre una gran meseta que se eleva dulcemente junto al antiguo arrecife, dibujábase con cierta precisión las plantas de grandes edificios, entre las cuales no era difícil determinar las de anchurosas *termas* colocadas á los extremos de la ciudad, así como tampoco las de otras colosales construcciones que en la parte central constituían sin duda el público foro ó plaza, y algunas de las cuales fueron acaso de templos gentílicos ó de basílicas cristianas.

De notar era, no obstante, que en todos estos sitios principales se hallaban abundantes vestigios de antigüedad pagana, tales como *fibulas* varoniles y femeniles, *estilos* de hueso y de marfil, *torques* y *armillas* de plata y cobre, *monedas* del Imperio, con alguna castibérica, y sobre todo copia tal de fragmentos de cerámica saguntina ornados de relieves con representaciones mitológicas, cual nunca la vimos en las excavaciones de Italia. Ni faltaban en la construcción los ladrillos (*laterculi*) y tejas (*tegulas et imbrices*), con diversas inscripciones latinas que daban razón de las diferentes fá-

bricas ó tejares (*laterarias*) que hubieron de prestar materiales por largo tiempo para aquellos grandiosos edificios. Todo lo cual, unido á la circunstancia harto notable de no haberse descubierto objeto alguno conovidamente cristiano, ni que ostentara el sello de la Iglesia con ninguno de los característicos símbolos que pregonaron el triunfo alcanzado por ella en la primera mitad del siglo IV, nos inducen á sospechar si pudo Lancia ser destruida antes de ser aceptada en España la paz de Constantino.

Como quiera, bien merecian estas investigaciones arqueológicas, que tanta luz pueden derramar sobre las espesas nieblas arrojadas por los bárbaros en la historia de la España latina, despertar de nuevo el ilustrado interés de la Comisión de Monumentos y de la Diputación legionense, y no podemos dudar de que habrá de despertarlo. —El nascente *Museo de antigüedades* de la corte de Ordoño II, establecido en el convento monumental de San Marcos, podrá fácilmente enriquecerse, si continúan con el antiguo celo las excavaciones de Lancia, como ha comenzado á acandilarse con otros objetos artísticos y arqueológicos de importancia extremada. Tienen, en efecto, algunas lápidas sepulcrales de la Era Augusta, y entre todos los monumentos romanos allí descubiertos en los últimos años, la magnífica *Ara de Diana*, ya ilustrada por los doctos académicos Snavedra y Fita, y posteriormente incluida en su *Corpus inscriptionum* por el sábio Hübnér.

Ni deben olvidarse tampoco, además de esta hermosa joya de la epigrafía latina, recientemente adquirida para el Museo por cesión del Ayuntamiento leonés, otros monumentos de muy diferente cultura. —Leon, que fué erigida en cabeza y metrópoli de la monarquía de Pelayo, durante el primer tercio del siglo X, atesoró, no obstante, en su seno, merced al valor de sus reyes y de sus hijos, ricas preces del arte mahometano, y levantó en su recinto estimables construcciones del estilo mudéjar en toda la Edad-media. Pertenecen, por ejemplo, al primero las bellas *arquetas*, arrancadas en medio de las hiedras al poder sarraceno y consagradas á hacer oficio de relicarios en la colegiata de San Isidoro, así como la gallarda *espada* que tuvo en su diestra, por el espacio de largos siglos, la estatua del patron de la ciudad, San Marcelo: son fruto del segundo los restos de los llama-



LAS SEGADORAS.—ESTUDIO DE COSTUMERES ARAGONESES.

dos *palacios reales*, y entre otras fábricas de menor cuantía, parte del convento de monjas de la Concepción, grandemente desfigurado en los últimos tiempos. Cuéntase ya algunas de las arquetas citadas y la espada árabe de San Marcelo, aunque traídas en diferentes ocasiones, en el Museo arqueológico nacional: del convento de la Concepción ha sido extraída, como objeto digno de conservarse y de estudiarse, la graciosa *chimeña*, cuyo diseño, en conjunto y detalle, debemos al señor Velazquez del Bosco, siendo ella depositada en el reciente Museo provincial. Lastima es que tan estimable obra del siglo XV no fuese del todo terminada por el artista mudéjar que hubo de trazarla.

De esperar es, dadas estas consideraciones, que la noble patria de los Villafañes y Villalpandos, que se enaltece con las reliquias de la antigüedad clásica, y con tan santos monumentos del arte románico, del arte ogival y del arte del Renacimiento, como la sin par colegiata de San Isidoro, la grandiosa catedral, modelo de construcciones apuntadas, y el convento de San Marcos, declado de edificios platerescos, constante en oír la voz del patriotismo, realice, por medio de su Junta de Monumentos, la formación de uno de los más interesantes museos de aquellas provincias septentrionales.

VI.

Desgraciada ha sido hasta ahora la de Palencia y su capital en este concepto.—Cabeza ésta de una comarca, en que hemos tenido ya la fortuna de hallar monumentos completos del arte latino-bizantino, que empezamos a estudiar en los esparcidos fragmentos arquitectónicos de Toledo, Córdoba y Sevilla, no ha llamado mérito nuestra atención por los descubrimientos de más lejana antigüedad que dentro de su territorio se han verificado en diversos tiempos. No há mucho que el muy diligente cuanto malogrado D. Saturnino Pérez Pascual, correspondiente de la Academia de la Historia, nos daba curiosas noticias sobre las vías romanas que cruzaban aquella provincia y los despoblados existentes en las inmediaciones de Palencia; al propio tiempo nos remitía algunas urnas cimiterias y copias de lápidas sepulcrales, encontradas al abrir los cimientos de la estación del ferrocarril del N. O. que lleva el nombre de la capital referida. Excitado el celo del Sr. Pérez Pascual y de los ilustrados individuos de la Comisión de Monumentos, á vista de aquellos hallazgos, nos decían estas significativas palabras: «Principiamos con entusiasmo nuestras tareas; pero como los recursos han de venir del presupuesto provincial y las Diputaciones son en general poco arqueófilas y menos arqueólogas, difícil es que se realicen empresas de verdadero desarrollo en estos estudios.»

Somejantes frases han sido un tanto proféticas. Y sin embargo, los descubrimientos arqueológicos no han escaseado en el territorio palentino. En los momentos en que trazamos estas líneas, procura, con su celo de siempre, la Academia de la Historia averiguar lo que hay de cierto en las excavaciones practicadas en el pago llamado *la Ciudad*, término de Paredes de Nava. De ello se ha dicho que dan bastante luz sobre la existencia en aquella localidad de una *Septimia*, distinta de la situada entre Compluto y Arcobriga, y aún se halla también de sí pudo existir por aquellas inmediaciones la antigua *Liberata*. Los que dan estas noticias acotan con inscripciones latinas, añadiendo el descubrimiento de una *tesera hospitalis*, la cual consiste en una pequeña placa de cobre, cuya importancia, á resultar auténtica la inscripción, podía ser extraordinaria. A nuestras manos llega, en efecto, por medio del académico D. Vicente Lafuente, una copia de la leyenda que al parecer contiene. concéñala en estos términos:

THE NOS, MART,
HIC REPARA. XII. COS. AGERS. CII
IN INTERCIVITATE, FISSICAM
HOSPITALIS, PRICIV. CVM. CII
CIVITATE PALANTINA SIBI I
ST. PHILIP. SVS. PORTORINQUE,
ANNO. ANCHRE. PER. MAG.
PUB. DEI. CIVI. HOSPITIO. AMAL.
GARDI. CAUSE.

Las inscripciones por un lado y la poca exactitud de las fórmulas epigráficas por otro hacen hasta ahora sospechoso este peregrino hallazgo. Dicenmos que su dueño, don Lorenzo Gonzalez, se presta gustoso á la ilustración de tan raro monumento; y dada tan loable disposición, de esperar es que lo sea satisfactoriamente, rectificándose los muchos errores de esta primera copia. De cualquier modo, pues la existencia de la *tesera* parece indudable, no creamos aventurado el indicar que anuncia ya cierta alianza hospitalaria entre ciudadanos de Intercivita y de Palencia. La prensa aseguró, al dar la pri-

mera noticia de estas excavaciones aconsejadas tal vez por el hambre, que habían también aparecido monedas del Imperio, notables objetos de cerámica y gran número de huesos: cartas posteriores nos confirman en que es cada día mayor la abundancia de éstos, habiéndose desenterrado al fin, como á la profundidad de dos metros, un mosaico; todo lo cual solicita el estudio de estos fortuitos descubrimientos, que procuraremos no perder de vista.

VII.

Más afortunado ha sido, por su inmediato resultado, el verificado en Barcelona por el correspondiente de la Academia de San Fernando, D. Celestino Pujol y Camps, grande aficionado á las antigüedades españolas. Consiste en un bello jatro de hierro cincelado, perteneciente al arte mahometano y sin duda á la segunda mitad del siglo XIV, ó lo que es lo mismo, al estilo propiamente *granadino*. Procedente de Andalucía y á punto de pasar á manos extrañas, para ser acaso adorno ó trofeo de algun museo extranjero, como tantas otras preciosidades ibéricas lo están siendo, lo ha rescatado el señor Pujol, no sin *penoso sacrificio*, apresurándose á enviar una reproducción coroplástica á la precitada Academia de Nobles Artes, á fin de que pudiera ésta apreciar su mérito, ántes de que fuese universalmente conocido. Al adquirirlo, léjos de encerrarlo bajo siete llaves, como practican ameanando con los objetos que vienen á sus manos los verdaderos aunecos de la ciencia, hálo ofrecido gustoso al estudio de los inteligentes, accediendo al par al deseo de los industriales, que pensaron desde luego en reproducirlo en bronce y plata. De uno y otro modo lo ha verificado ya magistralmente el fundidor don Francisco de Paula Paura, y el mismo Sr. Pujol nos comunica la noticia de que no tardará en ser reproducido en porcelana y aún en rico y vistoso esmalte. Nuestros lectores juzgarán de su belleza por el adjunto grabado hecho sobre fotografía.

Al darse noticia de esta preciosa adquisición en los diarios de Barcelona, ha suscitado muy discretamente don F. Miquel y Badía la cuestión, ya otras veces abordada, de la creación en aquella capital de un museo de antigüedades, directamente relacionado con las artes santuarías. No desconoce el Sr. Miquel las dificultades de esta empresa, que no vacila en calificar con justicia de altamente útil, tratándose de una ciudad industrial como Barcelona. «Se nos opondrán (dice) objeciones contra la posibilidad de llevar á feliz término el proyecto. «No negaremos que han de presentarse dificultades y no pequeñas; mas la constancia en éste, como en todos los asuntos, apoyada del buen consejo, asegura el final éxito.»—«Tiene razón el Sr. Badía en una gran ciudad, donde existen muchas y muy selectas colecciones de objetos de antigüedad y de arte, donde la Academia de Buenas Letras posee de antiguo un muy precioso gabinete arqueológico, á que es fácil agregar cuanto han recogido en los últimos años, así el Municipio como la Comisión provincial de Monumentos; donde se ha verificado há poco una exposición artístico-industrial, notabilísima por los muebles, joyas y tejidos anteriores al siglo XVI; donde se ha proyectado, en fin, la creación de un *Museo de antigüedades cristianas*, que debía establecerse en la ogival capilla de Santa Agueda; en una ciudad con tantos y tales elementos, decimos, es verdaderamente incomprensible que, presupuesto siempre el patriotismo de sus hijos, no exista ya un establecimiento de esta especie, digno intérprete de su antiguo poderío y de su presente cultura. Y es tanto más reparable semejante abandono, cuanto que nos consta que la Academia de San Fernando, vivamente penetrada de todas estas razones, y atenta á las no dudosas ventajas que recibirían las artes secundarias todas, tomó há tiempo la iniciativa para la creación del expresado museo, iniciativa que no renunciará hasta ver logrados tan nobles fines.»

VIII.

Ocasión favorable ha creído, en efecto, respecto de las corporaciones populares de Barcelona, la discusión promovida en aquella ciudad por el Sr. Miquel y Badía, no ménos que la exposición elevada al Gobierno por la Comisión provincial de Monumentos, en demanda del edificio núm. I de la calle de Santa Lucía, conocido bajo el título de *Casa del Arcediano*. Es ésta un monumento del siglo XVI, que no halla igual en la ciudad de los condes, así por la bizarría y agradable disposición de su planta, como por la elegancia un tanto caprichosa de su fábrica exterior, y por la gallardía y riqueza de sus galerías y miradores. Por todo ello, pues, y porque son ya en Barcelona tan contadas las construcciones de este género, hurtadas á la piqueta destructora, no ménos que por el insignificante precio que habrá de producir el arriendo

su venta, ha acudido confiada al Gobierno la Comisión provincial, pidiendo la *Casa del Arcediano* para establecer en ella el *Museo de Antigüedades*. Han secundado con la eficacia de costumbres las Academias de la Historia y de San Fernando la plausible solicitud de la Comisión barcelonesa, para que se suspenda y en caso necesario se anule la venta referida. ¿Accederá el Gobierno á los ilustrados deseos de todos? No es de temer que los desadeñe; y en tal caso, no tardarían en veras realizadas las aspiraciones de los buenos catalanes que, como el Sr. Badía, hallan hoy insuperable obstáculo á la formación del museo en la falta de un local adecuado: lo demás obra será del patriotismo de las citadas Corporaciones populares, nuevamente excitado por la Real Academia de las Tres Nobles Artes, y aún de todos los barceloneses. Pende en verdad la buena iniciación del asunto del supremo departamento de Hacienda; pero siendo catalán el ministro que ha de dictar esta resolución, no es de creer que déba Barcelona á uno de sus hijos la negativa de cosa tan digna, útil y conveniente á su prosperidad y cultura.

Y lo mismo decimos en orden á la nueva instancia que ha hecho la ya citada Comisión de Monumentos, para que se salven de una vez las grandiosas ruinas del muy celebrado *Templo gentílico*, existente en la calle de Paradis, núm. 10.—Aunque estas magníficas reliquias de la Edad oscura fueron ya en 1835 y 1837 gráficamente estudiadas por la Academia de Bellas Artes de Barcelona, la cual no sólo realizó el oportuno levantamiento de planos, sino que obtuvo también vaciados de sus soberbios capitales y hermosos frisos; aunque siguiendo las huellas de los académicos que dieron cima á tan meritorias tareas, han procurado completar su estudio escelosos arqueólogos modernos, como acreditan sus autores de los *Recuerdos y Bellezas de España* en el volumen de Cataluña, todavía la entendida Comisión de Monumentos, invocando la autoridad de los antiguos cronistas de aquella localidad y de críticos tan respetados, en materia de bellas artes, como Bossart, Ponz, Cabanes, Caylus, Celles, Arrau y Nicoli, levanta su autorizada voz para que se ponga á cubierto de todo futuro peligro monumento tan venerable. La Comisión juzga no sólo aceptable, sino muy digno de realizarse para la conservación y aún para el total conocimiento y estudio de tan colosal edificio, el plan expuesto por Bossart y aceptado después por los diligentes Ponz y Cabanes. (Se moverá el Gobierno á exceptuar de la venta las miserables casas que dividen y envuelven aquella gran fábrica, mandándolas luego derribar, para que muestre su magnificencia y sea útil por su belleza á las artes españolas? No sería Barcelona la primera ciudad de Europa donde se diese modernamente tan alto ejemplo de cultura: nosotros felicitásemos, sin embargo, como lo harían todos los hombres ilustrados, al Gobierno que en nuestra España empezara á imitarlo dentro de la capital del antiguo Principado.

IX.

Por la noble tierra de Gerona, frecuente antemural de la independencia ibérica, se ha comenzado la publicación de una notable obra artística bajo el título de *Monumentos inéditos de arquitectura en España*. Hicela el distinguido arquitecto de la corona de Hungría, señor Schulz Ferrnuez. Comprendá el primer cuaderno, dado á luz, tras una breve introducción histórica, todas las construcciones religiosas más visibles de Gerona, y, cual muestra de las civiles, la de las *Casas de la Ciudad* ó Consistoriales. La catedral, San Félix (San Felio), Santo Domingo, San Pedro de Galicians, San Nicolás y San Daniel, templos todos de la capital, ofrecen al señor Schulz no escasa materia para ejercitar su crítica arqueológico-monumental. El diligente arquitecto hácelo las más veces con plausible acierto, y siempre con verdadero amor al arte. Momentos hay, sin embargo, en que fueran de apetecer mayor profundidad de miras filosóficas y más depurados conocimientos en la historia de la arquitectura en nuestro suelo. No desprovista la descripción de los monumentos de curiosos pormenores tradicionales, ganaría sin duda mucho la obra del Sr. Ferrnuez, si las ilustraciones fuesen más perfectas. Son estas láminas en piedra y viñetas en madera, no tan perfectamente dibujadas las unas, ni grabadas las otras, con aquel esmero que alcanza á conservar el carácter de los monumentos que trasladan.

Mas apesar de estas faltas, más reparables en un arquitecto de la talla del Sr. Schulz, y en una nación tan docta como Alemania, merecen los *Monumentos inéditos*, cuyo texto aparéc en lengua alemana y francesa, el aprecio y la consideración de los españoles. Cuando un artista de tal importancia, abandonando su país nativo,

consagra largos años, con muy costosos viajes, á estudiar y dar á conocer en el extranjero las riquezas monumentales de nuestra patria, ingratitud reprehensible seria en nosotros desconocer la alteza del servicio, é indignidad grosera el no confesar paladina y noblemente la deuda con él contraída. Hé aquí la razon por qué nos hemos apresurado á dar noticia de los *Monumentos inéditos de la arquitectura en España*, empezados á publicar por el arquitecto Schulcz, cerrando con ellos la presente revista. No desconocemos que treinta años atrás hubieran llenado sus trabajos las aspiraciones de los aficionados á las obras de arte, ilustradas; pero ya hoy despues de la publicación sucesiva de la *España Artística* y de los *Recuerdos y Bellezas de España*, y cuando se dan á luz, con tanta exactitud como magnificencia, los *Monumentos arquitectónicos*, se ha de exigir indefectiblemente á toda obra de arte mucho más de lo que en aquel período se exigía. Mas no olvidemos que tal vez fia el Sr. Schulcz el éxito de su obra á sus propios recursos personales; tengamos presente que su libro está, por su especial naturaleza, no ménos que por la materia de que trata, destinado á figurar en las principales bibliotecas públicas y en muchas de las particulares de Europa; y felicitémonos por tanto, tributando al par á su generoso autor sinceras cuanto expresivas gracias.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

EL COLISEO DE ROMA.

A la falda de una loma,
Cubierto de musgo y yedra,
Se alza un gigante de piedra
En un extremo de Roma.
Allí, sombrío y desierto
Lleno á la vez de grandeza,
Parece un alma que reza
Sobre el féretro de un muerto.
Allí, entre rayos de luz,
Se ven gradas y pilares,
Unos informes altares,
Un pedestal y una cruz.
Allí el alma conmovida
En sus recuerdos se mece,
Y el corazón se engrandece
Y se engrandece la vida.
Que aquellas piedras enormes,
Aquellos anchos pilares,
Aquellos pobres altares
Y aquellas ruinas informes,
Hablan con tanta expresion
Al corazón del creyente,
Que en aquellas ruinas siente
Con más fuerza el corazón.
Pues entre escombros y yedra
El espíritu fecundo
Ve allí la historia del mundo
Escrita en libros de piedra.

Esos mezquinos escombros
Que con orgullo albergaron
Los Césares que se alzaron
De la humanidad en hombros;
Esas piedras apiñadas,
Esos arcos portuñados,
Esos pilares grandiosos,
Esas caprichosas gradas,
Y entre torrentes de luz,
De luz ardiente y vital,
Ese humilde pedestal
Sobre el que se alza una cruz;
Son una historia grandiosa
Descrita en bellos colores
De otros tiempos; ¡ah! mejoras
Y de otra edad más gloriosa.
En ella, el arte extendía
Sus luminares brillantes,
Y con obras de gigantes
El mundo se enriquecía.
En ella en santa pelea
Llena de santo misterio
Luchaba con un imperio
Otro imperio; ¡el de la idea!
Uno ostenta majestad
Y en la majestad riqueza;
El otro ostenta pobreza
Y en la pobreza humildad.
Grande el uno, con la guerra
El mundo á sus pies decrece;

Pobre el otro, nace y crece
Entre la paz de la tierra.
En uno, en nécios favores,
Llenos de triste desdoro,
Templos de mármol y oro
Da el esclavo á sus señores:
Que en él, de su orgullo en pos,
Sin conocer otra ley,
El señor quiere ser rey
Y el rey intenta ser Dios;
Y al rasgar en cruda guerra
Por elevar sus altares
Con canteras regulares
Las entrañas de la tierra.
El gran imperio Romano,
De eternas glorias testigo,
Da un palacio á su enemigo
El nuevo imperio Cristiano,
Pues las canteras romanas,
De eterna grandeza ejemplo,
Abren parz alzar un templo
Las *catacumbas cristianas*,
Las catacumbas se abrieron,
Y hoy en ellas ve el creyente
Que obra fué de Dios elemento
El origen que tuvieron.
De entre sus sombras la luz
Del cristianismo fecundo
Difundió por todo el mundo
La grandeza de la cruz.
De aquellas tristes regiones,
Sin más armas que la idea,
Salieron á la pelea
Del cristiano las legiones.
Vencen, y con humildad
Sus mil victorias pregonan.
Mueren, y al morir perdonan
Con bendita caridad.
Y el imperio, horrible hiena
Sedienta de sangre humana,
Empapa en sangre cristiana
Del Coliseo la arena.
Y el gran imperio decrece,
Pues enanto más se ensangrienta,
Más el cristiano se ostenta
Y más victimas le ofrece.
Aquella sangre sagrada
La tierra fertilizando
Miles de vidas va dando
Por cada vida arrancada.
Y los Césares romanos
No ven el mal que los hiere,
Pues cada mártir que muere
Hace nacer mil cristianos.

Tales hechos concluyeron,
Que un rayo de luz divino
Hizo ver á Constantino
Lo que otros hombres no vieron;
Y en aquella edad serena
Hijo y madre al mundo dan
Basilicas de Letran
Y cruces de Santa Elena.
Y esa mole colosal
Que labró el pueblo romano
Como tumba del cristiano
Y como trono imperial,
Humillada y abatida
Empezó á desmoronarse
Al ver una cruz alzarse
En su arena enrojecida.
Y hoy, grandiosa en su humildad,
En su grandeza gigante,
Viene á ser el arrogante
Calvario de la Ciudad.
Por el bien de los que fueron
En ella los hombres oran,
Y los tristes hijos lloran
Donde sus padres murieron.
Y siempre al pié de una loma,
Cubierto de musgo y yedra,
Se alza un gigante de piedra
En un extremo de Roma.
Allí, sombrío y desierto,
Lleno á la vez de grandeza,
Parece un alma que reza
Sobre el féretro de un muerto.

ANTONIO GIL DE SANTIAGUES.

Noviembre 20 de 1870.

Á UNOS OJOS.

(RECUERDO.)

*Á los que amamos y han muerto,
Memoria, piedad, descanso.*

Con el color de la noche
Y los fulgores del rayo,
Con sus pestañas hermosas
Que formaban dobles arcos,
Grandes, elocuentes, limpios,
Fusion y vida brotando,
Ojos tales no hubo nunca
Ni fuego que abrase tanto.
Yo los ví: centelleaban
Bajo una frente de mármol,
Me miraban y decían:
¡Oh, cuánto te quiero, cuánto!
Yo, casi niño, pensaba:
Me quiere como á un hermano.

Luego... se acercó la muerte
Con muy silenciosos pasos,
Y aquellos ojos ¡Dios mío!
Para siempre se cerraron.
Cuando en su postrera hora
Tomó su voz timbre extraño,
Cuando me miraba ella
Como nadie me ha mirado,
Cuando una lágrima suya
Ardiendo cayó en mis manos,
Me pareció que en el pecho
El corazón me apretaron;
Quise llorar, y no pude;
La llamé, y habia espirado.
Yo, casi niño, pensaba:
Me quiso como á un hermano.

Hoy... no soy niño: he vivido;
Los bellos días pasaron;
Mas ella no pasa nunca,
Que en mi alma se ha quedado.
Sus grandes ojos abiertos
Siguen do quiera mis pasos;
Su voz, que suena lejana,
Siempre está, siempre vibrando,
Y siento que no estoy sólo,
Y alguna vez me ha besado.
Ya que mi negra cabeza
Blancas hebras salpicaron,
Ya que he visto otras mujeres
Y he vivido y he luchado,
Suspiro por ella y pienso:
Me quiso más que á un hermano.

NARCISO CAMPILLO.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

En vez de las bromas que se esperaba, notó D. Braulio un recibimiento, si no frío, por lo ménos receloso, y las explicaciones inverosímiles que llevaba estudiadas para disculparse, hubieron de quedarse en proyecto, porque todos guardaban sobre la ocurrencia el silencio más extraño.

Ofreciéronle un sitio cerca del fuego; pero Luciano le rehusó, porque su objeto era acercarse á la jóven, motivo principal de su visita. Por vez primera, despues de su trasformacion, se encontraba delante de Clotilde en aquel gabinete, donde habia deslizado furtivamente tantas cartas, aventurado con sigilo sus primeras declaraciones, dirigido misteriosas alusiones en voz alta, demandado citas en voz baja y obtenido tantas miradas de amor y de enojo, de gratitud ó de reproche. No era en aquel violento estado como Luciano habia creído, al concebir el proyecto de pactar con el diablo, visitar aquella casa, tan llena de recuerdos. Imaginóse en su bondad é inexperiencia pasar las noches disputando alegremente con doña Gertrudis, abrumando á todos con sus alegres chanzonetas y haciendo reir á Clotilde con festivas ocurrencias ó causándola sorpresas, contando los amores de su juventud con detalles minuciosos tomados de sus propias entrevistas.

Había trocado las leyes naturales, suponiendo que podía conseguirlo sin peligro, con la imprevision del que arriesga la vida por un juego.

Aunque procuraba demostrar serenidad estaba pálido, y sus ojos revelaban su falta de sosiego. Haciendo un gran esfuerzo pudo sonreírse y decir con violenta alegría:

—El calor de la chimenea es perjudicial para quien ha de salir a la calle; prefiero el calor de la lámpara, que me permite al mismo tiempo dirigir galanterías á Clotilde sin que Vds. se enteren, porque les advierto que hablaremos en voz baja.

En cualquiera otra persona de su edad la broma hubiera sido celebrada; en otra ocasión aquellas palabras dichas por D. Braulio, hubieran sido achacadas á un inusitado buen humor del que no están exentas las naturalezas más graves; pero con los antecedentes de aquel día, doña Gertrudis se alarmó é hizo señas á su hija, á las cuales ésta contestó con otras, en prueba de que las había comprendido.

Luciano se sentó al lado de Clotilde: doña Gertrudis los espía muy inquieta: el caballero que estaba arrimado á la chimenea, había tomado una posición de las más cómodas, como quien se instala en un sillón para un buen rato.

Doña Gertrudis se apartaba sus ojos de la niña y del viejo, y parecía muy inquieta.

—Tenga Vd. la bondad de no dejarnos solas con D. Braulio, dijo en voz baja al caballero que la hacía la visita.

—Con mucho gusto.

—Porque ha de saber usted que el buen señor ha perdido la cabeza.

—¡Eh! contestó con viveza el del sillón, sacando el reloj, como quien busca un pretexto para marcharse.

—Eso creo: era don Braulio un hombre serio, de costumbres muy rígidas y de una gravedad imperturbable; pero hace algún tiempo que se le atribuyen muchas extravagancias: asiste á los bailes de Capellanes, dió un día en sostener que él no era D. Braulio, su carácter se ha hecho bullicioso y enamorado, y para remate de fiesta, esta mañana se presentó en mi casa hecho una lástima; ya ve Vd., dos visitas en un día.

Y añadió asustada doña Gertrudis: ¡Vea Vd., mi hija se pone pálida!

—Llamaré á los criados, dijo el caballero; y volvió á mirar el reloj, haciendo ademán de levantarse.

—No nos abandone Vd., por Dios; mi hija se ha puesto sucarnada.

—A lo menos tiraré de la campanilla...

—No hagamos ruido; sería capaz de asesinarnos.

El caballero sacó otra vez el reloj y dió un suspiro.

—Observe Vd. cuánto habla... prosiguió la señora.

—Y cómo cambia de color esa pobre niña...

Doña Gertrudis quería hacer señas á Clotilde; pero ésta permanecía con los ojos bajos.

—¡Salve Vd. á mi hija! Sujete Vd. á ese hombre.

—¡Señora! ¡Ignota Vd. que los locos tienen una fuerza hercúlea, y se necesitarían para conseguirlo cuatro gastadores!

—Entonces, ¿qué hacer?

—Lo más prudente me parece, que se arme Vd. de valor para quedar sola unos minutos, mientras me deslizo en silencio á pedir auxilio.

—¡Cree Vd. que es lo mejor?

—Es el único medio de evitar una desgracia.

El caballero salió pisando de puntillas en la alfombra, pero con mucha ligereza, y la buena madre con el corazón encogido espía los movimientos y el brusco accionar de D. Braulio.

Clotilde se hallaba en un estado propio para inquietar

—Pues bien: pregunteme Vd. lo que quiera, pídamle usted un dato, el más difícil, para convencerse de que sé hasta el menor incidente de sus amores; pregunteme usted, digo, en cualquier cosa que sólo Vd. y Luciano sepan positivamente.

Aquella seguridad hizo temer á Clotilde que los recelos de su madre eran fundados. Tanto por cerciorarse como por seguir la manía á D. Braulio, le preguntó:

—¿Qué día nos vimos Luciano y yo por vez primera?

—El 10 de agosto, respondió Luciano inmediatamente.

Clotilde se quedó parada, porque no era natural que D. Braulio recordase aquella fecha.

—¿Qué traje llevaba la señora de Juanes la noche en que me entregó Luciano su primera carta?

—Morado y verde: con un adorno amarillo en la cabeza, que parecía hecho de huevos hilados.

Clotilde en vez de sonreírse volvió á palidecer, porque aquellas frases eran las mismas que oyó entonces á Luciano. No se explicaba racionalmente lo que oía y quiso llevar la prueba más adelante.

—¿Qué particularidad hubo en nuestra segunda entrevista?

—Fué á solas: en el cenador de la marquesa de X.—Luciano oprimió sin respeto la espalda de usted sobre el descote del vestido: Vd. se puso sofocada y Luciano desarmó su enojo, encasillándola una oruga que se había permitido penetrar en aquel delicioso reservado.

Clotilde empezaba á tener miedo á D. Braulio: Luciano prosiguió:

—Se oyeron pasos, y la entrevista acabó después de haber besado Luciano á la oruga y envueltola en la primer carta que usted le había dirigido.

Aquellos datos miruciosos llenaron de terror á Clotilde, y como los ojos grises y húmedos de D. Braulio brillaban á aquel recuerdo dándole una apariencia diabólica y extraña, la pobre niña buscó maquinalmente su rosario.

—La historia no ha concluido: bastantes días después Luciano la entregó á Vd. en una jaula

de zambra la cuga convertida por sus cuidados en una linda mariposa.

Clotilde no sabía lo que la pasaba.

—La mariposa fué encerrada en un fanal, entre flores naturales y frutas de cera: una mañana amaneció muerta sobre una rosa, acaso por falta de aire puro ó por no tener en la prisión una compañera. Entre las frutas del fanal debe encontrarse todavía su cadáver disecado.

El hecho era cierto hasta en sus más íntimos pormenores, y el presunto loco se había convertido en hechicero.

—Ahora bien, Clotilde, no puedo revelar á qué causa debo el poseer tantos secretos: si la dijese, probablemente Vd. no me creería: bástela á Vd. saber que nada ignora. Y en prueba de que me intereso por Vd., voy á devolverle las últimas cartas que ha escrito á Luciano y cuyo contenido podía comprometerla.

—Luciano sacó las cartas del bolsillo y se las entregó á su novia, que las tomó precipitadamente, sorprendida de que estuviesen en poder de D. Braulio y asustada por la postdata en que hacía referencia á rumores para él mismo tan crueles.



ESCENAS DE MADRID.—LA HOGARERÍA.

á cualquiera y particularmente á una madre. Su rostro revelaba un gran terror ó una emoción extraordinaria.

Era natural: cuando esperaba oír palabras desacordes y acaso divertirse con D. Braulio, éste, acercando su silla, dijo con misterio.

—Procure Vd. no manifestar sorpresa: es preciso que hablemos de Luciano.

Clotilde palideció; Luciano siguió diciendo:

—Vengo á exigir de Vd. un sacrificio indispensable, si quiera no ser desgraciada para siempre.

—Hable Vd., dijo Clotilde, sin mover apenas los labios y sobrecogida.

—Ante todo la conviene huir de ciertas entrevistas.

Entonces debió ser cuando se ruborizó Clotilde, según observó doña Gertrudis.

—Clotilde, estoy enterada de esos amores tan bien ó mejor que Luciano. En prueba de ello, respóndame usted con toda franqueza: ¿No ha observado Vd. que Luciano no recuerda muchos detalles ó circunstancias de sus entrevistas primeras? ¿No es cierto que ha olvidado hechos que por lo regular no olvidan los amantes?

—Es verdad, dijo Clotilde muy inquieta.



CONCIERTO EN EL JARDIN DEL BUEN RETIRO.

—Clotilde: ya comprenderá Vd. que existe un gran secreto entre nosotros, y que desde el bien de Vd. únicamente. En nombre de su cariño hacia Luciano, quiero que me dé Vd. su palabra de no escucharle siquiera hasta que...

No pudo Luciano decir más, porque se vio sujeto por dos hombres, que le envolvieron el cuerpo con un lienzo para quitarle el movimiento de los brazos. La sorpresa de Clotilde fué tal, que dejó caer al suelo las cartas. Doña Gertrudis las recogió con presteza, y el caballero que había salido a avisar a los criados, entró en el gabinete armado de un garrote y se colocó con valor al lado de las damas.

Pasado el primer instante de sorpresa, Luciano trató de hablar; pero doña Gertrudis, para evitar nuevas locuras, hizo señas á los ayones de que le llevasen á su casa.

—Al menos, decía Luciano sin comprender la causa de aquel atropello inesperado, doña Gertrudis vigilará constantemente á su hija, ya que se ha apoderado de las cartas. Esto me tranquiliza.

Y D. Braulio, que rondaba la casa de Clotilde, al ver que se iban á Luciano en tan deseada postura y le introducían en un coche, dijo alejándose:

—Ese imbécil, desconfiando de mí, ha hecho sin duda tales desatinos que le han tomado por loco: es imposible aceptar un cuerpo que ya no es mío, según le han desfigurado.

—Tengo ganas de volver á ser uno sólo: esta doble existencia me impide toda clase de sosiego: estoy en el mismo caso de un hombre que tuviese dos cabezas y hubiera de discurrir con dos cerebros.

(Se continuará.)

EL MUSEO DE LA INDUSTRIA

Hace tiempo que con justicia viene llamando la atención de los amantes del adelanto sólido y verdadero de nuestro país el periódico que lleva el título que encabeza estas líneas; y ya que son tan raras las ocasiones que se presentan de encomiar en España trabajos de esta índole, no es justo perder la que hoy se viene á las manos de difundir el conocimiento de una publicación, llamada acaso á iniciar una revolución benéfica en nuestras artes y en nuestra industria.

No están por fortuna nuestras artes mecánicas en el lamentable estado en que el pesimismo que reina en las inteligencias españolas las supone: el uso habitual de excelentes materias primeras y el trabajo concienzudo que de ordinario emplean nuestros artesanos, hace que sus productos se distinguen por la utilidad y la solidez, y si por lo general se prefieren entre nosotros los de extranjera industria, que no reúnen en tan alto grado estas dos condiciones, sólo es á causa de la bella forma que en otros países se suele dar á lo que en el nuestro por tradición conservan la más tosca y rudimentaria.

A medida que más se dice que el siglo decimonono es positivista entre todos los siglos y refractario por lo tanto á la belleza y la poesía, más se refina el gusto y más place al hombre culto rodearse de objetos de forma verdaderamente artística, que al par que satisfagan sus necesidades ó sirvan á su comodidad, hablen á su inteligencia, más poética, apesar de la errónea idea dominante, cuanto más cultivada. Los útiles y muebles más vulgares en el uso doméstico salen hoy en el extranjero de manos del industrial ó el artesano revestidos de toda la hermosura que la imaginación del artista puede prestarles; y casi siempre al adquirirlos se tiene más en cuenta la belleza y corrección de sus líneas, que la solidez del trabajo ó la bondad de la primera materia. Y es que, difundido por la moderna cultura el gusto artístico, casi todo el mundo se halla hoy en aptitud de apreciar lo primero, cuando para avaluar lo segundo se necesitan conocimientos especiales que pocos reúnen.

A prestar forma bella á los productos de las artes mecánicas, á imprimir el sello del buen gusto hasta en los objetos más vulgares, á poetizar, en fin, la vida, tienden los esfuerzos de los redactores de *El Museo de la Industria*, esfuerzos nobles y patrióticos, que de no estrellarse contra la rutina y la desidia españolas, llegarán á convertir en artistas á nuestros artesanos, y harán que los objetos, por ellos elaborados, sostengan ventajosa competencia con los que hoy producen las fábricas y talleres de otras naciones en que la estética práctica se ha generalizado. Artículos escritos en lenguaje liso y llano al alcance de todas las inteligencias, ilustrados con multitud de hermosas láminas, explican en *El Museo de la Industria* del modo más tangible la manera de

embellecer lo feo, de convertir en artístico lo más vulgar, de idealizar, en fin, la materia, haciendo agradable lo que hasta ahora entre nosotros sólo ha sido útil. Si esta publicación se difunde, si los fabricantes, los jefes de taller y los obreros todos se convencerán de la necesidad en que se hallan de estudiarla y seguir sus prescripciones, en breve la industria española, rompiendo los lazos con que la rutina la ata e impide su desarrollo, se elevará sobre la mayor parte de las europeas, librando á nuestro comercio del vergonzoso tributo que hoy se ve forzado á pagar al extranjero.

Así lo han reconocido la Academia de San Fernando y el Conservatorio de Artes, que en informes al Gobierno declaran este periódico grandemente útil, y la prensa de Madrid y las provincias, que lo juzga poco menos que indispensable é cuanto á las artes mecánicas se dedican y por mil conceptos digno de figurar en las bibliotecas de todos los que aman la belleza en sus infinitas manifestaciones. Lo económico de su precio permite hasta el más modesto obrero inscribirse en el número de sus suscritores: culpa, pues, será de los que las profesan, si teniendo medio tan seguro y tan fácil de adquirir, no sacan á nuestras artes mecánicas del estado rudo y primitivo en que por lo general se encuentran, fundiéndolas, por decirlo así, para que adquieran nuevas formas, en el crisol de la cultura y el buen gusto, cada día más generalizados. Convézanse nuestros industriales de que no es un vano capricho ni un antipatriótico deseo lo que hace que la generalidad de los españoles prefiera por lo común los artefactos extranjeros á los nacionales: es que el arte mecánico, de gusano que era, se ha convertido en mariposa, y se engalana con los más bellos colores y afecta las más estéticas y más graciosas formas; es que siguiendo el común movimiento, la belleza se extiende á todo, y por decirlo así, se democratiza, tendiendo á una nivelación noble y generosa; á la de que todas las artes sean bellas.

Si el industrial y el artesano tienen en esta publicación un docto maestro, el ingeniero, el arquitecto, el pintor escenógrafo, el maestro de obras y todos los artistas en general hallarán en ella un consultor utilísimo, á la vez que un activo é inteligente correspondiente que los tenga al corriente de lo más selecto que las artes que profesan produzcan en España y en el extranjero.

Grande es, pues, el vacío que *El Museo de la Industria* viene á llenar en nuestra prensa, y no debe ser menor el apoyo que le prestan cuantos de veras aman la patria. Pobre escritor, sin otra fortuna que la que saco cada día del fondo de mi futuro, un pasado daría otro que el de

* *El Museo de la Industria*.—*Suplemento necesario de los útiles domésticos*. Cada número se compone de 16 páginas en folio con grabados en madera y un pliego de plomo (las de tamaño natural). Suscripción por número en Madrid 70 rs., en provincias y Portugal 80, América El peso fuerte, Filipinas 12 pesos fuertes. Se suscribe en la Administración calle de Morán, 16, principal, y en las principales librerías.

mi humilde pluma; ese le doy con toda mi alma, unido al deseo de que en otras esferas lo encuentre más eficaz si no más espontáneo y sincero.

LUIS DE EGUILAZ.

EL CONGRESO DE OPERARIOS

DE LA REGION ESPAÑOLA.

Suceso verdaderamente notable y una de las más espontáneas y características expresiones de la tendencia de la Edad Moderna es sin duda el que nos ocupa.

Con sólo enunciar el programa puesto á discusión el día primero en que inauguró sus sesiones el Congreso de operarios reunido el 18 de junio último en Barcelona, se revela un estado de cultura enteramente distinto del que produjeron todas las civilizaciones anteriores de que tenemos noticia; se descubren unas relaciones económicas, una aspiración especial y una organización más especial todavía.

El programa era:

- 1.º Sociedades y cajas de resistencia.—Su federación.
- 2.º La cooperación.—Su presente y su porvenir.
- 3.º Organización social de los trabajadores.
- 4.º Actitud de la sociedad de operarios.—*La Internacional con relación á la política.*
- 5.º Proposiciones generales.

La palabra *resistencia* que suena en el primer punto del programa, es una ruda y severa expresión de la actitud de los operarios, y no de los operarios de un punto sólo ni de una nación determinada, sino de Europa y América; es un grito, un clamor universal, que pide á la ciencia económica la solución del más pavoroso problema.

La *Asociación Internacional* comprende en su seno individuos de todas las naciones; representa el gran conjunto de necesidades, de cantela, de impacencias y de deseos de orden económico, de que participa el mundo todo.

Podrá parecer ridículo el oír á uno de aquellos operarios, diciendo que él y sus compañeros se han congregado *para discutir los grandes problemas de la ciencia social*; pero hay en el estado de la clase jornalera del mundo algo muy serio, algo muy universal, muy humano, que afecta á toda nuestra civilización, para que prevalezca lo anabático de las palabras que hemos subrayado sobre las ideas graves que deben despertar inevitablemente.

No eran sábios, sino ignorantes los discípulos de Jesús que se congregaban para realizar lo que después de tantos siglos todavía no ha llegado á ser universal y práctico, sin que por eso deja de ser profundamente respetable; no fueron guerreros fuertes ni sábios los que bebieron los cimientos de nuestras libertades municipales, agrupaciones de resistencia también; ni eran otros que nuestros actuales operarios, ni quizis eran movidos por otro género de malastar los que, rompiendo con la sociedad en su época, se organizaron formando comunidades religiosas.

El espíritu de la época inspiraba á éstos el sentimiento de lo infinito, y les reunía para consagrarse á la mística conquista del cielo cristiano; el espíritu de nuestra época inspira á las muchedumbres otro sentimiento no ménos propio del ser racional para consagrarse á la conquista y al dominio del globo que habitamos.

Una de las ideas que parecen propagarse más en la gran sociedad de operarios, es la de que sus individuos se ajen de los debates políticos, exclusión que, á nuestro modo de ver, les asemeja más y más á las agrupaciones de los primeros cristianos, de las primeras municipalidades y de los ordenes religiosos; exclusión más difícil de realizar para los operarios que para ninguna otra agrupación conocida, y más funesta para ellos que para nadie; sin contar que en una época como la presente, y desde hoy en adelante, fuera de la política, no puede vivir nada verdaderamente real, ni siquiera las bellas artes.

¿No es por demás contradictorio ver á operarios reunidos para tratar los grandes problemas de la ciencia social y oírles decir al propio tiempo que deben permanecer ajenos de la política? ¿Por qué género de milagro podrá romperse jamás el íntimo enlace entre lo político y lo social? ¿Qué es la política, sino el arte social por excelencia? Si se ha de verificar una transformación en la suerte del operario, ¿podrá acaso ni siquiera echarse las bases de esa transformación fuera de la política? ¿Por ventura esa misma ciencia social, cuyos problemas ineluctables tanto resolver á las operarias, puede ser otra cosa que una economía política, sea cualquiera el nombre que en adelante se le diere?

Creemos conocer la causa del extravío que en este particular padecen los operarios; pero no es propio de este momento su examen.

Lo que sí diremos es, que apesar de ser extravío, es posible que prevalezca más ó ménos largo tiempo esa idea en las asociaciones de operarios; pero después se verán obligadas á ser cuerpos eminentemente políticos, porque está en la naturaleza de su organización y de sus fines.

Los primitivos cristianos incurrieron en el extravío de imaginar que podían vivir en el mundo menospreciando todo lo del mundo; ciencia, poder y riqueza; y sin embargo, la iglesia cristiana llegó á ser única directora del mundo; su jefe se llamó dueño de la espada temporal y la espada espiritual; los obispos, sucesores de los humildes Apóstoles, se jactaron de ser fuertes guerreros; la pompa que los rodeaba era pompa de príncipes de la tierra, y no hubo ciencia ni operación mundana á que fueran ajenos los discípulos de Jesús.

En igual error incurrieron las comunidades religiosas; la fuerza incontrastable de la lógica las convirtió en lo que forzosamente habían de llegar á ser, apesar de las ilusiones de sus fundadores y de los preceptos de sus reglas.

Desviémonos empero de estas consideraciones, en que no nos habíamos propuesto entrar, y digamos lo primero con referencia al congreso de operarios, celebrado en Barcelona, que á lo ménos podrá citarse en la historia de las reuniones populares como modelo de orden, de buenas prácticas, de recíproca tolerancia; digamos también que una ó dos reuniones anuales semejantes serian seguramente auxiliares de la cultura general, y aunque sólo fuera por este concepto, deberían hallar estímulo en todas nuestras provincias.

El Congreso se reunió el 19 de junio último en el teatro del Circo de Barcelona, después de celebrada su sesión preparatoria en la noche anterior en el *Ateneo obrero*; ochenta y seis delegados de sociedades acudieron á la reunión, representando tantos artes y oficios que, para ayudar á que se forme idea de la importancia del suceso, creemos oportuno enumerarlos, según el acta oficial de la primera sesión, y fueron:

Tintoreros, carpinteros, zapateros, fundidores y moldeadores de hierro, pintadores, silleros, ebanistas, pintores, marineros, carrajeros, impresores mecánicos, peones de estampados, tejedores de valos, escultores y marmolistas, cuberos, sastras, pañaderos, albañiles, impresores, estereros, tejedores de lana, papeleros, tejedores de algodón, carrajeros, braceros en general, tallistas, trabajadores de náyos, carpinteros de ribera y calafates, labradores, encuadernadores y rayadores de papel, maquinistas, descargadores de buques, cargadores y descargadores de carbon de piedra, tejedores de paños, picapedreros, hilanderos mecánicos, operarios de coches, canteros, cilindrades y aprestadores de tejidos, lampareros, latoneros, hojalateros, sastras y cantidores.

Las poblaciones representadas en el Congreso fueron también muchas.

Es de advertir que antes se había puesto á votación el punto de España en que deberían celebrarse las sesiones, y la mayoría de los votos emitió á Barcelona, lo cual era de esperar, no sólo por la importancia que el trabajo tiene en aquella ciudad, sobre todas laboriosa, sino por ser Cataluña la provincia más fecunda en asociaciones.

Los delegados asistentes representaron, pues, á los pueblos que por el orden en que fueron aprobadas sus respectivas actas, vamos á enumerar.

El Arzobispado, Barcelona, Igualada, Ezcaray, Islas Baleares, Cádiz, Manresa, Tarragona, Reus, Cartagena, Alcega, Madrid, Jerez, Valencia, Villafraña de los Caballeros, San Ginés de Vilasar, San Juan de los Fonts, Valladolid, Sans, Uldecona, Tortosa, Sallent, San Andrés de Palomar, Pueblo Nuevo, Cádiz, Sabadell, Granollers, Táyá, Las Cabanas, Gracia, Villanueva y Geltrú, San Felix de Codinas, Sarriá, Valls, Vich y Cantabria, y asistió además un representante de las secciones francesas de la gran sociedad *La Internacional*.

Durante las sesiones se dió lectura de escritos dirigidos al Congreso por operarios de *Chaux de Fonds* (Suiza), por la Asociación Internacional del Congreso federal belga, por asociados de Ruan y Leon de Francia, y no es ménos significativo el hecho de haberse elegido presidente al representante de las asociaciones francesas, muestra de cortesía y benevolencia que sólo de una época como la actual podía esperarse.

Durante el curso de las sesiones se emitieron las ideas más atrevidas en materia de organización social, si es que organización social cabe en la anarquía que proclaman los asociados; aunque tienen por lema: *no más deberes sin derechos, no más deberes sin deberes*, lema que parece indicar el deseo de relaciones justas y comunes á

todos; pero cuya garantía no saliríamos ver nosotros dentro la anarquía. Aun tomando esta palabra en la acepción decorosa y grave que la dan los asociados.

Pero con el extraordinario atrevimiento de las ideas, nos complacemos en repetirlo, reinó para todos cuantos hicieron uso de la palabra la mayor tolerancia, y las actas prueban que no sólo dió la presidencia evidentes muestras de comprender cómo se dirige una discusión, sino que los presididos, por andragnicos que se titulen, fueron deferentes y respetuosos con la mesa, hasta el punto de poder servir de modelo á reuniones de hombres de orden: espectáculo consolador, en medio de aquellos discursos sembrados de sentidas dolorosas quejas, eterno clamor del infeliz proletariado y en medio de la lástima que inspira el errado concepto que expresan acerca del remedio que se figura eficaz para sus males.

Aquella numerosa muchedumbre no estaba compuesta de hombres solos: las mujeres formaron en alguna ocasión la mitad de la concurrencia, y aquellos jornaleros no sólo trataron de su precaria suerte y de los precios de los jornales; no acudieron al Congreso con un concepto personal, individual de sus tareas, sino que su ruda palabra fué blanda y piadosa para la suerte del sexo débil, y tan sentida como enérgica al protestar contra la suerte que condena á rudos trabajos materiales á la que ha de llevar en su seno y amamantar al hombre.

Los relatos de esta solemnidad, por demás interesantes, no se perderán: *La Federación*, de Barcelona; *El Obrero*, de Palma; *La Solidaridad*, de Madrid; periódicos que en España pertenecen á la grande asociación Internacional, no serán los únicos que hagan público al mundo todo lo sucedido en esta para nosotros singular y no ménos curiosa fiesta de nuestro tiempo.

En aquel conjunto pintoresco se veía por ejemplo la presidencia ocupando el tablado del teatro, compuesta de hombres, en mangas de camisa unpa, con blusa otros y otros con levita. El sombrero de copa, la clásica y ya escasa *barretina* y el gorro y el casquete, no designaban gerarquía alguna: eran variantes del traje común.

Los oradores, sofocados por el calor, se veían obligados á tirar chaqueta ó blusa, desabrocharse el cuello de la camisa y arremangarse de brazos.

Apesar de esa falta de solemnidad, no sólo reinó en las sesiones, como ya hemos dicho, el orden más completo, sino que era vivo y permanente el deseo de que no se interrumpiera ni menoscabara, como se demostró por algunas apelaciones al reglamento, y por el prestigio que cada cual procuró dar á la presidencia.

El Congreso se disolvió con el mismo orden con que había celebrado sus sesiones, después de tomar sus acuerdos, siendo el más importante el de la organización de la caja de resistencia y la cooperación entre los operarios.

Los delegados fueron despedidos en el teatro de Novedades con una taxa de 10.

Reunidos en el teatro del Circo el día 26 de junio los que debían tomar parte en la despedida, salieron á las nueve de la mañana precedidos del pendón del Congreso y caminando á cuatro de fondo. La comisión dió un breve rodeo al dirigirse al lugar expresado, y llevó tras sí un carro simbólico con adornos de telas y ramaje, y útiles y aparatos de varias oficios.

Dejemos á las ideas que sigan su lento curso, aun cuando en su desenvolvimiento no acierten siempre las agrupaciones parecidas á regirlos derrochamente.

Después de Roberto Owen, Osbet; después de Cabot, *La Idea socialista*; no importa: los operarios hoy andragnicos, hoy condensado por autoritario todo lo político, serán en su día hotabres políticos apasionados; un breve paso en favor de la armonía de los intereses generales les hará olvidar, como ha sucedido siempre, todas las más lisonjeras utopías.

Rosero Rosar.

MARRUECOS.

La ciudad de Marruecos, capital del imperio de este nombre, es una inmensa población fundada por los lusitanos ó almorávides muchos siglos antes de la conquista de Granada.

Redes á Marruecos una antiquísima muralla restaura-

* Debemos al celo arduo de nuestros representantes en Marruecos y en Tánger, Sees, Méry y Coton, y al interés que les inspira cuanto puede redundar en beneficio de la Instrucción de sus compatriotas, varias fotografías fidedignas de topografía, que los señalan nos han remitido. Una de ellas ha servido de modelo para esta ilustración. En los próximos próximos aparecerán también en *Boletín los Sees, Méry y Coton* nuestras más expresivas fotografías su espontáneo é importante desarrollo.

da en partes y derruida en otras, gracias á la inercia de los moros. Esta muralla tiene de trecho en trecho fuertes y elevados torreones, en los cuales crecen con profusion multitud de yerbas parásitas que nadie se cuida de arrancar. Se necesitan cuatro horas y media para que un hombre á caballo pueda dar vuelta á la ciudad, por lo cual se le calculan á esta cuatro leguas de circunferencia.

Situada Marruecos en una de las faldas del Atlas, tiene gran abundancia de agua que conducen á la ciudad unas antiguas zueductos fabricados, segun se cree, por cautivos cristianos, en tiempo del rey Fúez de la tribu de los almoravides y uno de los primeros monarcas que establecieron su corte en Marruecos.

El grabado que va al frente de estas líneas, es una copia exactísima de la gran mezquita de la Kutobia fabricada, segun se cree, por el mismo arquitecto á quien debemos la magnífica giralda de Sevilla.

La mezquita de la Kutobia pertenece á la época del rey Abdulmamen, de la tribu de los Almoades, y á su hijo Jacob Almanzor se deben la mayor parte de sus adornos exteriores.

En la cumbre del minarete de esta mezquita hay, como puede verse en nuestro grabado, cuatro bolas, la mayor de las cuales es de gran magnitud. Estas bolas son de metal y están cubiertas de planchas de oro, del que no han podido servirse los emperadores de Marruecos en sus tiempos calamitosos, merced á estar fabricadas, segun afirman los naturales del país, por arte mágico y defendidas por unos genios.

Lo que hay de cierto es, que en más de una ocasion han querido utilizar este oro, sacándolo del sitio que ocupa á balazos; pero gracias á la consistencia de las bolas, lo único que consiguieron fué acerbillarlas, sin lograr la más pequeña partícula del precioso metal.

Las tejas que cubren al minarete son verdes, color favorito del Profeta. Nadie pueda usar este color, que pertenece exclusivamente á los sultanes.

Pocos son los europeos que han visitado la capital de Marruecos, y los que lo verificaron, estaban resguardados siempre con el carácter de embajadores.

Cuando algun monarca de Europa enviaba cerca del emperador marroquí un representante suyo, tenia éste que llevar regalos magníficos, sin lo cual estaba bien seguro de no ser recibido. El primer embajador, y lo decimos con orgullo, que juzgó poco decoroso lo de los regalos, fué nuestro representante en Marruecos D. Francisco Merry y Colon, el cual terminó en la casi inexplorada corte un tratado de comercio muy ventajoso para España, sin ser portador de presente alguno.

Lo poco conocido que es el imperio de Marruecos, apesar de hallarse tan cercano á nosotros, ha determinado al que esto escribe, que residió seis años en aquel país, á publicar en LA ILUSTRACION algunos artículos de costumbres de aquellas gentes tan originales como salvajes.

A. DE SAN MARTIN.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS *.

Hoy, querido lector, es día de huelga, y á fé que hemos de divertirnos. Dios mediante, porque no menos quiero sino que asistamos á uno de los *corrales* de la villa, en donde veremos una *comedia famosa*, de gran *migajón*, y como para *alborotar diez cortes* *.

Dígote, pues, que acudiremos á uno de los teatros, entonces llamados corrales, porque tales, así como suena, lo fueron en un principio y aún durante la época que recorremos, en que su gloria tocó en la mayor altura.

Nuestros mayores tuvieron el teatro por uno de sus más sabrosos pasatiempos, y de tal modo las circunstancias le favorecieron y las musas dispensaron sus gracias á nuestros ingenios, que no hay nacion alguna que con ellos pueda competir en copia, lozanía, ni originalidad, por más que, como en desquite, quieran oponerles otras prendas y merecimientos.

Viejos y mozos, casadas y doncellas, legos y frailes *.

señores y villanos, corrían presurosos á tales espectáculos, los celebraban y aplaudían, y hasta los conventos los vieron dentro de sus severos claustros *. La afición á las comedias era extremada y el vulgo se hallaba familiarizado con aquellas obras, algunas tan llenas de sutilezas, y que no obstante habian llegado á paladear, viéndose en ellas los tipos del caballeresco carácter español de aquellas edades.

Y no corrieron su rumbo sin contrariedades, porque, desde Carlos V, apenas hubo monarca que no dictase represivas leyes contra el teatro *, con el que al cabo se tenía que transigir, porque la afición á las comedias de todos se habia apoderado, dándose el extraño caso de que uno de los monarcas que las prohibían las escribiera por su mano y aún las representara.

Si en vez de entrometernos á registrar las costumbres de antónos hubiera de escribir un artículo erudito, no me faltaría donde coger mano para seguir el curso del teatro desde Lope de Rueda y aún más atrás, viendo cómo fué aficionándose tanto el público á esta diversion, que desde cinco solas compañías que por especial gracia permitió Felipe II, llegaron á formarse en los dias de su nieto hasta trescientas, y antes de finar el siglo XVII habia decaído ya de tal modo el teatro con las persecuciones, que en tiempo de Carlos II no pudieron hallarse más de tres, con ocasion de celebrar unos festejos reales.

Pero dejémos el polvo de archivos y bibliotecas y preparémos á ver una comedia. Estamos en un hermoso día de fiesta del año de gracia mil seiscientos y tantos, y la gente toda se dispone para gozar á su sabor, aprovechándose, si no santificándose, del mejor modo posible.

Nosotros seguiremos los pasos á D. Luis Tornero y Embau, hidalgo aragonés, que ha venido á la corte á unas informaciones para un hábito y á quien sirve de mentor y guía un su amigo y pariente, nombrado don Pedro de Contaminas, quien, como ya dicho en el conocimiento de la villa, se encarga de llevar al forastero á que goce de las maravillas que la corte de dos mundos encierra.

—Pariente, señor D. Luis, dícele D. Pedro, que si á vuestra merced le place, en nada podemos emplear mejor la tarde que en acudir á uno de los corrales, y con ello tendremos ocasion de quilatar el valor de los ingenios que por acá se usan.

—Yo seré servido complaciendo á vuestra merced, y en verdad que siempre llevaron mi afición las comedias, y éstas de la corte tendrán, á no dudarlo, más que ver que no las de Aragon, y en particular los comediantes.

—Pasado y asombro son de toda Castilla María de Córdoba, á quien el famoso Calderon ha confirmado en el nombre de Amarilis *, y elogiado no poco el agudo Quevedo y el mordaz Villamediana; Bárbara Coronel, extremada para papelas varosiles, y la hermosa María Calderon, quien sepavuestra merced que no siempre tiene á sus pies príncipes y magnates de farsa, añadió don Pedro bajando la voz.

—Y podriais decirme cual es la comedia que hoy *obran*?

—Pregunta es esa á que no puedo satisfacer, señor mio; pero hágame vuestra merced la de venirse conmigo hasta la inmediata esquina y resolveremos la duda.

—Y ¿cómo, si no lo tenéis á mal?

—¿Cómo? Vereis. Estos comediantes, como gente vagabunda y tracista, andan siempre aguzando el ingenio para haber de matar el hambre, que los tiene traspillados; habéis de saber que un tal *César de Oviato* *, de la compañía de *Alonso de Ovato*, para quitar la ventaja á la de *Sebastián de Prado*, su rival en aplausos y ganancias, ha inventado una buena traza, digna de su ingenio.

* Dice D. Casiano Pellicer en sus *Orígenes de los comediantes*, tomo I, pág. 158, que en el año de 1616 representaron los pesuitas una comedia en Lisboa, en un colegio de San Antonio, á presencia de Felipe III. Ya anteriormente en otros colegios y conventos se habian celebrado representaciones de comedias satíricas, como puede verse en el prólogo que para la *Tragedia de Juan*, ha escrito y publicado recientemente el Sr. Galdós.

* La censura de teatros tuvo ya su origen en los tiempos de Lope de Vega: véase lo que dice este en su *Doctores*, por boca de Ludovico y Felipe (part. II, act. IV, escena III).

Los *novatos*.—El que ha parado el examen de los comediantes *César*.—S. M. que Dios guarde, por descargo de su real conciencia, hizo que venturasen al descender á indecencia, y han salido por último escrutinio indiferentes, siguiendo á los doctores sagrados que les dan por bellas, porque en adelante no las castigan y impugnan; aunque se debe advertir que sea con todas las condiciones que tocan á nuestra Santa Fe y buenas costumbres.

Los *novatos*.—Para eso las *censuras* un secretario y las *aprecias* el Real Consejo.

* Calderon en la *Dama de seda* (Ornada I, escena I) llama así con ocasion de celebrar la viveza con que representaba el papel de Lope, en una comedia del Sr. Mira de Mesa.

* Texidor (tomo II, cap. XXVI) dice que ese tal fué el inventor de los carteles de teatro.

Ocurriósele escribir en grandes carteles engrudados la funcion que para cada tarde disponian, y él en persona, anda como un azacan, de esquina en esquina, con los carteles y la caacrola del engrudo en una mano y una escalerilla en los lomos, forrando las paredes con sus sannesos.

—En verdad, D. Pedro, que nadie inventara lo que esas gentes, y bien puede decirse que si son holgazanes, no tienen el ingenio baldío.

—Errado vais á mi cuenta, señor D. Luis, cuando imaginais que viven esas gentes en la holganza: más trabajan que perros, y fuera de cierta libertad y esparcimiento y del afecto que del pueblo se cobran, valiera más servir á S. M. en galeras que correr la Ceca y la Meca de corral en corral.

—Así será seguramente, y hélos visto yo algunas veces, que para el Corpus han ido á Zaragoza, y más parecian ruello de gitanos que otra cosa. Venian hacinados en carretas, muchos sin más ropa que los orepes del teatro, mezclados ellas y ellos y con rostros tan macilentos y trasnochados, que se los pudiera tomar, sin gran trabajo, por sombras del otro mundo.

En estas pláticas habian llegado á una esquina, á tiempo que uno de los comediantes estaba pegando al cartel de la funcion. Anunciábase en él una *comedia famosa* de D. Pedro Calderon de la Barca, que despues ha sido asombro de nacionales y extranjeros, con el título de *La vida es sueño*. La comedia iba precedida de una loa, anunciaban un entremés para despues de la primera jornada y un baile *hablado* para despues de la segunda.

Iba el de los carteles con un traje por extremo bizarro, por más que la bizarría fuese sólo en apariencia. Llevaba jubón, ropilla y gregüescos negros, sembrados de llamas, calzas bermejas, y en la cabeza una cabellera de crines, á las que traía asido un par de cuernos de cabron.

No poco se rieron nuestros caballeros de tan extraño equipo y de la imperturbabilidad del que lo llevaba, y eso que le acompañaba una gran turba de chiclecos que, con alaridos y tal cual berenjena y aun piedra que arrojaban, ibanle persiguiendo.

(Se continuará.)

JULIO MONREAL.

LAS SEGADORAS.

ESTUDIO DE COSTUMERES ARAGONESAS.

Viene ya de antiguo la manía de censurar las emigraciones veraniegas que durante cierta época del año desparaman la poblacion de los grandes centros por las costas y los pueblos de la Península.

Por nuestra parte creemos que esta costumbre ó moda ó como quiera llamárselo, es más digna de alabanza que de censura.

La circulacion de las gentes trae como consecuencia natural la circulacion de dinero y lo que es más importante la de las ideas. Cambiar de horizonte, cambiar de método de vida y de atmosfera es provechoso á la salud y á la inteligencia. Hay algunos que no salen de la ciudad buscando en el campo la calma y el sosiego como contraste á su perpétua agitacion. Adoradores de un ídolo, corren á rendirle culto á donde se trasladan sus sacerdotes. Esclavos de la moda y las exigencias sociales, cambian de decoracion; pero van á los puntos en que se renne el mundo elegante á continuar representando la misma escena. Otros por el contrario, y éstos son los que verdaderamente justifican la conveniencia de una costumbre desde mucho tiempo adoptada en otros países y hoy ya bastante general en el nuestro, buscan en lugares apartados el reposo que ha de devolverles la energía del cuerpo y del alma, enriquecen su inteligencia con el conocimiento íntimo de los hábitos y necesidades de los pueblos agrícolas, rompen la monotonía que también resulta del eterno trasfago de las ciudades, con la contemplacion de escenas y paisajes completamente nuevos, y en la serenidad que las rodea, en lo extraño de los tipos, en la sencillez de las costumbres, encuentran una emocion áun los mismos que la buscan inútilmente dentro del círculo de su tempestuosa vida.

El dibujo de *las segadoras*, á que damos lugar hoy en las columnas de LA ILUSTRACION, ofrece una de esas escenas características de las poblaciones agrícolas durante el estío, y es al mismo tiempo estudio de los tipos más interesantes de las provincias aragonesas.

* Este artículo pertenece á un libro inédito.

* Con estas palabras comienza una comedia de Antonio del Castillo titulada en *La Gaceta de Sevilla*, cap. 85.

* Gloria ya la segunda mitad del siglo XVII y aún el padre Naveas de ella y el padre Polanco aparecen á *don Juan y Polanco* (que se este habian tomado su nombre) en el *hallando los castillos del Príncipe* y la *Casa de los ultramarinos* y *verdullando elijas y patibales*.



COPA DE CRISTAL DEL SIGLO XVII.—LENTES DE PLATA CON ESMALTE.—(Del Museo de la Industria.)

ESCENAS DE MADRID.

LA HORCHATERIA.

Todos los comercios, todas las industrias y oficios, tienen sus alternativas; sus buenas y malas épocas. Hasta la literatura sigue estas oscilaciones; pues según el D. Eleuterio de Moratín, las comedias, como los besugos, varían de precio en verano.

El quid de la dificultad consiste en encontrar algo que pueda adaptarse á todas las situaciones y temperaturas, ó aliar de tal modo dos ó más comercios que alternen según la estación del año. Y este difícil problema lo han resuelto en Madrid los valencianos, que en invierno nos abrigan los pies con las esteras, y durante el estío nos refrescan el estómago con la horchata.

En el almacén de felpudos y esteras de esparto está el despacho de horchata de chufas y agua de cebada y limón, como la mariposa dentro de la crisálida. Durante el invierno, se le ve oscuro y frío, con las paredes vestidas de rollos de pleita, y un valenciano de cara fosca que ajusta su mercancía con los criados de las casas, los

porteros de las oficinas y las amas de huéspedes, sus ordinarios marchantes; pero pasa la primavera, se acentúa el verano, la mariposa rompe su cárcel y se transforma el establecimiento.

A las esteras de color sombrío, suceden las de paja color de oro, rojas y verdes, colocadas con arte y simetría. El portal se engalana con las tradicionales cortinas de percal encarnado con randa blanca: se multiplican las luces, salen de no sé dónde las mesas blancas y redondas; ocupa su trono la enorme garrapiñera, y el valenciano huye al fondo de la tienda para dejar espacio á tres ó cuatro lindísimas valencianas pálidas, morenas, y de grandes ojos negros, que templan y previenen el excesivo enfriamiento que pudiera producir el abuso de la horchata.

B.

LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

Teatro de grandes acontecimientos políticos, de fiestas y ceremonias públicas, la Plaza Mayor de Madrid tiene una larga é interesante historia demasiado conocida, para

que nosotros nos detengamos á trazar de nuevo sus páginas. El pincel y el buril nos han ofrecido también en diversas épocas los rasgos de su particular fisonomía, ya se levantara en su ámbito el cadalso para la ejecución de un poderoso valido, ya coronaran sus arcadas las damas y galanes, espectadores de una fiesta real, ú ocupara los estrados y graderías el imponente tribunal de la Inquisición, en alguno de sus famosos autos de fé. El siglo XIX, que no se encontraba bien moviéndose dentro del círculo severo de arcos y edificios de altas torres, con chapiteles de pizarra oscura, trasunto fiel de la triste época á que se debe la última reedificación de esta plaza, creó la Puerta del Sol, en un principio estrecha é irregular, pero llena de movimiento y vida, que forman contraste con el abandono en que desde este punto quedó aquel histórico recinto.

Como un recuerdo de su grandeza pasada, aún en las últimas bodas reales se jugaron cañas y se corrieron toros donde hoy admiramos más bien que la belleza de la estatua de Felipe III, el inconmensurable abdomen del caballo que la sustenta, por sólo esta particularidad famoso; pero el municipio, comprendiendo al fin que la romántica y caballeresca historia de este sitio había llegado á su término, lo ha embellecido con jardines, fuentes y asientos, entregándolo en esta forma á la explotación de los soldados, amas de cría y niñeras, sus habituales concurrentes.

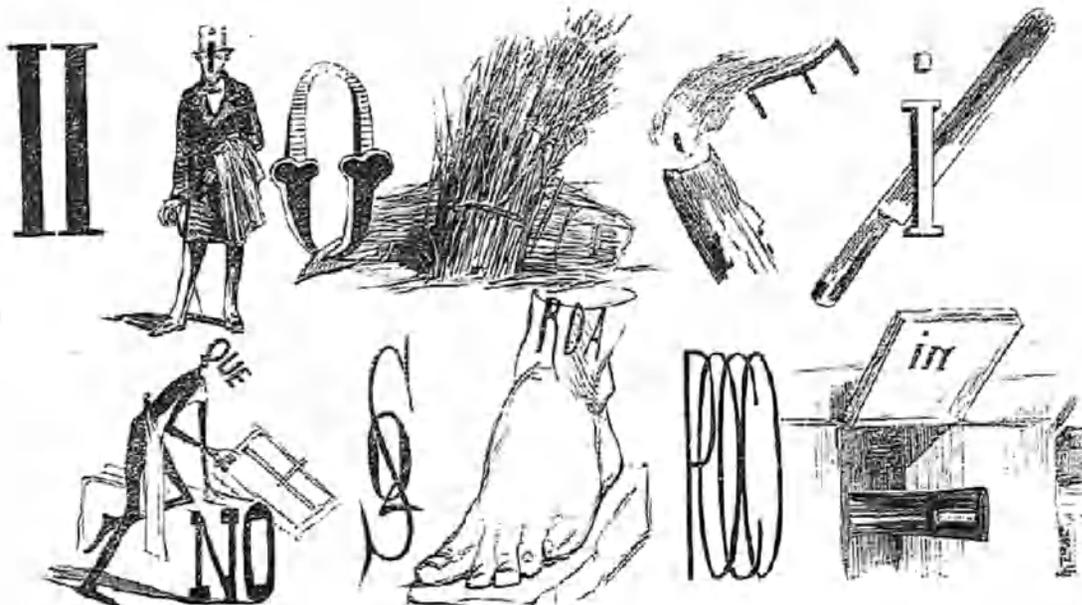
Para completar la serie de cuadros y dibujos que existe reproduciendo la Plaza Mayor en diferentes siglos y con diversos aspectos, ofrecemos hoy el de la que consideramos su última etapa.

B.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.	EN MADRID.	
Medio año.	42 "	Tres meses las dos publicaciones.	38 rs.
Un año.	80 "	Medio año.	52 "
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 "
Tres meses.	30 "	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	50 "	Tres meses.	52 "
Un año.	100 "	Medio año.	90 "
CURA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año.	170 "
Medio año.	85 "	CURA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año.	160 "	Medio año.	200 "
AMÉRICA Y ASIA.		Un año.	300 "
Un año.	240 "	Cada número suelto en Madrid.	
Cada número suelto en Madrid.	4 "		

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo)